

Los DIEZ
MANDAMIENTOS

Los DIEZ
MANDAMIENTOS

©2011 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.
Todos los derechos reservados.

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *SEÑOR*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime,

La ley real del amor

“Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4:7-8).

Jesucristo fundó la fe cristiana sobre el principio del amor: el profundo y sincero amor de los cristianos hacia Dios y hacia sus semejantes. Juan, discípulo de Cristo y uno de sus amigos más íntimos, escribió: “Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. *Dios es amor*; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él” (1 Juan 4:16).

Pero ¿en qué consiste, concretamente, el amor?

Si les pedimos a nuestros amigos que nos lo expliquen, nos daremos cuenta de que tienen conceptos muy variados de lo que significa la palabra *amor*. Es probable que algunos lo describan como un sentimiento. Otros tal vez lo definan como el cuidar de los demás, sin aclarar qué significa para ellos “cuidar”. Y ¿cuántos no equiparan el amor con alguna forma de atracción sexual?

La mayoría de las personas reconocen que el amor, o cuando menos cierto respeto, es indispensable en las relaciones interpersonales; no obstante, conviene tener mucho cuidado conforme analizamos las definiciones de lo que es el amor. Algunas son tan vagas que dan el visto bueno a casi cualquier forma de conducta. A veces, la palabra *amor* no es más que un hábil disfraz para ciertos patrones de conducta nocivos.

Muchas personas religiosas abrazan el concepto de amar a otros como a sí mismas, pero desconocen completamente cómo define la

Biblia el amor. Como resultado, no entienden la necesidad de poner en práctica los principios bíblicos que determinan el éxito o el fracaso en sus relaciones interpersonales.

¿No sería maravilloso que el amor pudiera definirse de una manera clara y precisa, sobre todo cuando hablamos del amor que Dios tiene por nosotros y del amor que debemos tener unos por otros?

El Decálogo define el amor

Para que el amor sea realmente significativo es necesario que tenga una definición clara y que la entendamos correctamente. Este es el *propósito* de la ley de Dios, particularmente los Diez Mandamientos.

Jesucristo explicó que el propósito fundamental de la ley es enseñarnos cómo aplicar los dos grandes principios de amar a Dios y amarnos unos a otros. Lo dijo muy claro cuando alguien le preguntó: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?” Jesús le respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mateo 22:36-40).

A la luz de la tremenda explosión de conocimientos que hemos visto en años recientes, ¿cómo es posible que sean tan pocos los que entienden esta verdad tan básica de la Palabra de Dios? ¿Por qué no pueden todos entender que “toda la ley y los profetas” (lo que conocemos como el Antiguo Testamento) nos enseñan primeramente la forma correcta de amar; luego, en forma vívida, nos presentan los males y los castigos que resultan por la falta de amor? ¿Por qué tanta gente cree que el amor de Dios se enseña sólo en el Nuevo Testamento?

El amor en el Antiguo Testamento

El amor es el meollo de *todas* las Escrituras, tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. No obstante, para muchas personas resulta sorprendente que sea en el Antiguo Testamento donde primeramente se nos manda: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Levítico 19:18).

Es también en el Antiguo Testamento donde encontramos las palabras de Moisés, quien enlazó los conceptos del amor y la obediencia a Dios: “Ahora, pues, Israel, ¿qué pide el Eterno tu Dios de ti, sino que te-

mas al Eterno tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo *ames*, y sirvas al Eterno tu Dios con todo tu corazón y toda tu alma; que *guardes los mandamientos del Eterno* y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?” (Deuteronomio 10:12-13).

Todos y cada uno de los mandamientos de Dios *son para nuestro propio bien*. ¿Nos damos cuenta de que en el pasaje que acabamos de citar, obedecer los mandamientos de Dios y profesar amor están irrevocablemente ligados ante los ojos de Dios? Esto es porque sus mandamientos definen el amor que es la base de todas las relaciones verdaderamente buenas y correctas.

El amor simplemente resume el propósito de los Diez Mandamientos. El apóstol Pablo lo explicó de esta manera: “No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Romanos 13:9).

El amor de Dios por la humanidad

El trato recíproco que Dios ha querido tener con el hombre desde que lo creó, siempre ha sido motivado por su amor por nosotros. Jesús mismo dijo: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:16-17).

Dios quiere que vivamos para siempre, que heredemos la vida eterna. Pero antes, tenemos que aprender cómo amarlo a él por encima de todo lo demás; también tenemos que aprender cómo llevarnos unos con otros, cómo amar a nuestros semejantes. Sin amor y respeto, es imposible tener paz y armonía. Si Dios nos diera la vida eterna sin antes enseñarnos cómo amarnos unos a otros, estaría condenándonos a vivir en conflictos y caos para siempre. Es por eso que el amor —el verdadero amor de Dios— es tan importante.

Dios no permitirá que llevemos a la eternidad los resentimientos, celos, hostilidades y deseos egoístas de nuestra mente carnal. Tendremos que aprender el verdadero significado del amor o sencillamente no podremos recibir la vida eterna. “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano

es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él” (1 Juan 3:14-15).

Así que volvamos a la pregunta: ¿Qué es el amor? El apóstol Pablo nos la responde de esta manera: “El cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10). Y en 2 Juan 6 podemos leer esta definición: “Este es el amor, que andemos según sus mandamientos”.

Otro de los escritores de la Biblia nos muestra de manera muy clara que la ley real del amor incluye específicamente los Diez Mandamientos: “Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores. Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley” (Santiago 2:8-11).

¿Qué es el pecado?

Entendamos la definición bíblica del pecado: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). Según la Biblia, se comete pecado al quebrantar cualquiera de los mandamientos de Dios. Así de sencillo es.

¿Cómo afecta el pecado nuestra relación con Jesucristo? “Sabéis que él [Cristo] apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (vv. 5-6). Ciertamente estas son palabras que debemos tomar muy en serio.

Luego, en el versículo 10 leemos: “En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios”.

¿Cómo podemos saber que conocemos a Dios y que tenemos una buena relación con él? “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:4-6).

¿Cómo anduvo Jesús? Leamos lo que él mismo nos dice: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he

guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:10). Cristo también dijo: “Yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho” (Juan 12:49-50).

Por las propias palabras de Jesucristo podemos ver que “guardar los mandamientos de Dios” equivale a “permanecer en su amor”. Su ejemplo nos demuestra que la obediencia y el verdadero amor son inseparables. Cometer pecado significa violar el amor al quebrantar los mandamientos de Dios. El pecado es anarquía: incumplimiento o rechazo de los reglamentos que *definen* lo que son la justicia y el amor verdaderos.

La ley y la libertad

Dios no nos da la libertad para que nos comportemos como nos dé la gana. Aunque en la Biblia se nos presenta la ley de Dios como “la ley de la libertad” (Santiago 2:12), la verdadera libertad se describe claramente como el ser libres del pecado y sus devastadoras consecuencias, no la licencia para saciar nuestros apetitos carnales.

Nuestros pecados nos causan terribles castigos. Refiriéndose al pecado de la humanidad, el apóstol Pablo escribió: “Quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz” (Romanos 3:16-17). También comparó los efectos del pecado con la esclavitud, lo contrario de la libertad: “Cuando erais esclavos del pecado, erais libres acerca de la justicia. ¿Pero qué fruto teníais de aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte” (Romanos 6:20-21).

El pecado, la transgresión de la ley de Dios, no sólo nos esclaviza sino que, si continuamos pecando, también nos impedirá recibir la vida eterna (Mateo 19:17). Por eso es que uno de los hermanos de Jesús nos exhorta: “Así *hablad*, y así *haced*, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad” (Santiago 2:12). La norma básica por la que seremos juzgados son los mandamientos de Dios.

Sólo cuando nos arrepentimos, dejando de quebrantar la ley de Dios, podemos ser liberados de las consecuencias del pecado por medio del sacrificio de Cristo, que es lo único que puede limpiarnos de nuestros pecados (Hechos 2:38; 1 Juan 1:7). El apóstol Pablo explica

que sólo aquellos que sinceramente obedecen a Dios pueden ser liberados de la esclavitud del pecado: “Gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados” (Romanos 6:17).

El apóstol Juan lo aclara aún más al decir que obedecer los mandamientos de Dios es practicar el amor de Dios: “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3). En lugar de ser una carga, como muchos los consideran, los mandamientos de Dios alumbran el camino que nos lleva al amor y a la libertad verdaderos. El salmista describe con elocuencia algunos de los beneficios de la ley de Dios: “Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, porque siempre están conmigo. Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido, porque he guardado tus mandamientos; de todo mal camino contuve mis pies, para guardar tu palabra. No me aparté de tus juicios, porque tú me enseñaste. ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca. De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por tanto, he aborrecido todo camino de mentira. *Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbre a mi camino*” (Salmos 119:98-105).

No en balde Jesús nos recordó lo que fue escrito en Deuteronomio 8:3: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). El apóstol Pablo entendió esto muy bien: “La circuncisión es nada, y nada la incircuncisión; lo que importa es el cumplimiento de los mandamientos de Dios” (1 Corintios 7:19, Biblia de Jerusalén).

Una guía de conducta

Aunque el Decálogo no es un código muy detallado, sus principios abarcan todos los aspectos de la conducta humana. Tomando la Biblia como un manual de instrucciones para el comportamiento del hombre, los Diez Mandamientos pueden ser considerados como los encabezados de sendos capítulos.

Jesús dijo: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir” (Mateo 5:17). Ciertamente, él había venido a cumplir con lo que en la ley y los profetas —las Escrituras conocidas en ese tiempo— se decía acerca de él.

Sin embargo, tanto por su ejemplo como por sus enseñanzas él *amplió* el campo de aplicación de los mandamientos de Dios. El verbo griego traducido como “cumplir” en este versículo es *pleroo*, que significa “suplir” (Filipenses 4:19), “rellenar” (Lucas 3:5), “estar atestado” (Romanos 1:29), “hacer lleno” (Mateo 13:48), “llenar hasta arriba” (Juan 12:3), “completar” (Filipenses 2:2) (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1984, tomo 1, pp. 163, 281, 358; tomo 2, p. 339; tomo 3, p. 344; tomo 4, p. 105).

Jesucristo hizo ver a sus discípulos que su misión no era desechar, anular o restarles importancia a los Diez Mandamientos. Antes bien, les advirtió a los que le seguían: “Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 5:20). Al continuar leyendo este capítulo el propósito inequívoco que tuvo Jesús se hace evidente, ya que él mismo mencionó varios de los mandamientos y *amplió grandemente* su significado y su aplicación.

Primero habló del mandamiento que prohíbe el asesinato: “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego” (vv. 21-22).

Cristo nos muestra que el principio que encierra este mandamiento va mucho más allá de quitarle la vida a otro ser humano; abarca además las actitudes destructivas de la ira, el resentimiento y la amargura. Él explica que condenar u odiar a alguien puede impedir que recibamos la vida eterna. En otras palabras, las enseñanzas de Jesús no simplemente iluminan los principios resumidos en el Decálogo, sino que imponen normas de comportamiento *aún más estrictas* por cuanto rigen los pensamientos y las actitudes además de los actos físicos.

El Decálogo y las relaciones interpersonales

Cuando Jesús explicó que “toda la ley y los profetas” están comprendidos dentro de los dos grandes mandamientos del amor a Dios y el amor a nuestros semejantes, estaba haciendo hincapié en la importancia de las relaciones interpersonales (Mateo 22:35-40). De hecho, nos dice que cada uno de los mandamientos de Dios define un aspecto de la clase de relación que debemos tener unos con otros o con nuestro Creador.

Cuando analizamos los Diez Mandamientos, vemos que los primeros cuatro explican cómo debemos relacionarnos con Dios: la manera apropiada de mostrarle nuestro amor y respeto. Los otros seis explican los aspectos básicos de una relación correcta con nuestros semejantes. Darnos cuenta de esto es esencial para que podamos entender las leyes de Dios y reconocer su importancia. No son simplemente reglamentos o ritos, y quienes los consideran de esa manera tienen un concepto equivocado del propósito de Dios al darnos su ley.

Claramente, Dios nos dice que sus mandamientos tienen un propósito: Fueron dados para el *beneficio y bendición* de la humanidad. Sientan las bases para relaciones que producen respeto, armonía y estabilidad dentro de cualquier sociedad que los entienda y aplique correctamente.

El propósito de este folleto es el de ayudarle, apreciado lector, a entender más claramente los Diez Mandamientos y a aplicarlos en su vida. Es mucha la gente que, viéndolos simplemente como una lista de prohibiciones, no se da cuenta de su verdadero propósito. Esperamos que este folleto lo inspire de manera que pueda apreciar la sabiduría de Dios al grado de que usted reconozca sus mandamientos como la norma para su comportamiento personal y se comprometa a someterse a ellos. Ese es el ejemplo que Jesucristo nos dejó (Juan 15:10; 1 Pedro 2:21; 1 Juan 2:6).

El primer mandamiento:

¿Qué es lo más importante para nosotros?

“Yo soy el Eterno tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20:2-3).

Cuando alguien le preguntó a Jesucristo cuál era el mandamiento principal de la ley, él respondió nombrando el precepto que hace hincapié en la suprema importancia de nuestra relación personal con Dios: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mateo 22:34-38; ver también Deuteronomio 6:5).

Este es el compromiso más importante que podemos hacer en toda nuestra vida: establecer, cultivar y mantener una relación personal con Dios. Es el meollo del primero de los Diez Mandamientos, que dice: “No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20:3).

Son muchas las cosas que pueden interponerse entre nosotros y nuestro Creador; y hablando en términos prácticos, la fuerza que ejerce la mayor influencia en nosotros y determina nuestros ideales es lo que se convierte en el objeto de nuestra adoración. Pero si permitimos que cualquier cosa que no sea el Dios verdadero ocupe el primer lugar en nuestra vida, no será posible que establezcamos o mantengamos una relación genuina con él.

La base de nuestra relación con Dios

La Biblia es muy clara en lo que se refiere a nuestra relación con Dios: ¡Él es nuestro Creador!

El profeta Isaías reprendió a los antiguos israelitas por no captar lo que significa confiar en Dios y honrarlo: “Levanten los ojos al cielo y miren: ¿Quién creó todo eso? El que los distribuye uno por uno y a todos llama por su nombre. Tan grande es su poder y su fuerza que ninguno de ellos falta. Israel, pueblo de Jacob, ¿por qué te quejas? ¿Por qué dices: ‘El Señor no se da cuenta de mi situación; Dios no se interesa por mí’? ¿Acaso no lo sabes? ¿No lo has oído? El Señor, el Dios eterno, el creador del mundo entero, no se fatiga ni se cansa; su inteligencia es infinita” (Isaías 40:26-28, Versión Popular).

En resumidas cuentas, todo lo que somos y todo lo que poseemos proviene de Dios. El apóstol Pablo nos advierte que no seamos altivos ni pongamos “la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos” (1 Timoteo 6:17). La única fuente confiable de seguridad —ahora y en el futuro— es la relación que tengamos con nuestro Creador.

En la Biblia se nos asegura que nuestro Hacedor es un ser vivo y real, el único y verdadero Dios: “El Eterno es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno; a su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir [soportar] su indignación” (Jeremías 10:10).

Dios creó para nosotros una morada maravillosa: nuestro hermoso planeta. Lo hizo de forma que nos proveyera de todo lo que necesitamos para nuestra subsistencia física y material. Desea que disfrutemos y apreciemos todo lo que él nos ha dado.

Al mismo tiempo, quiere que entendamos que nunca debemos dirigir nuestra adoración hacia ninguna de las cosas que creó, ni debemos considerarlas como la fuente de nuestra vida y bendiciones. Únicamente el Creador debe recibir ese honor, no la creación.

La adoración a la naturaleza

La adoración que el hombre tiene por la naturaleza, o por algún aspecto de la misma, ha dado lugar a un sinnúmero de religiones idólatras. El *Eerdmans Handbook to the Bible* (“Manual Eerdmans de la Biblia”) explica, en forma concisa, las bases de las religiones

contemporáneas del antiguo Israel: “Las grandes culturas idólatras de Egipto y Mesopotamia reflejaban fielmente el medio en que vivían. Su religión, al igual que la de sus vecinos los heteos y los cananeos, se centraba en la naturaleza. Ellos no tenían el concepto real de un solo Dios, el Creador todopoderoso. Y así atribuían los caprichos del clima, los sucesos agrícolas y la geografía del mundo a su alrededor a toda una serie de dioses” (1973, p. 10).

Tanto los egipcios como los moradores de Mesopotamia creían que las fuerzas de la naturaleza eran espíritus poderosos que gobernaban su mundo. Esta adoración supersticiosa del sol, la luna y las estrellas, así como de la “madre” naturaleza y la mayoría de sus fenómenos, tales como los rayos, el trueno, la lluvia y el fuego, continúa hasta el presente en algunas partes del mundo.

Irónicamente, este concepto también ha sido adoptado por algunas religiones modernas que enseñan que Dios es la suma de todas las fuerzas naturales del universo. Pero todas estas religiones tienen una cosa en común: No pueden distinguir entre el Creador y su creación.

Mucha gente confía en la astrología. Al hacerlo, ya sea que se den cuenta o no, están atribuyéndole poder divino a la creación —las estrellas— en lugar de a su Creador. Dios nos advierte que no adoptemos esta actitud: “No sea que alces tus ojos al cielo, y viendo el sol y la luna y las estrellas, y todo el ejército del cielo, seas impulsado, y te inclines a ellos y les sirvas; porque el Eterno tu Dios los ha concedido a todos los pueblos debajo de todos los cielos” (Deuteronomio 4:19). La astrología es simplemente una forma de buscar guía espiritual en la creación en lugar de buscarla en el Creador.

Ensalzar a la creación es la piedra angular del concepto materialista del universo, el cual goza de tanta aceptación en la actualidad. La teoría de que la vida evolucionó de materia inerte, no es más que un intento de explicar la creación —nuestro extraordinario universo— sin la inteligencia de un Creador.

No obstante, hay científicos responsables que contradicen la creencia de una generación espontánea de vida. Algunos han demostrado la imposibilidad científica de que la vida proceda o evolucione de lo que no tiene vida. Las investigaciones demuestran que las células, que son las unidades básicas de la vida, están formadas de tantos sistemas interactivos y sumamente complejos que la posibilidad de

vida originada espontáneamente es un desafío incluso para el concepto más exagerado de la ley de probabilidades.

Michael Behe, profesor de bioquímica, escribe: “El resultado de estos esfuerzos acumulados para investigar la célula —la exploración de la vida en el plano molecular— es un grito claro, fuerte y penetrante de *¡diseño!* El resultado es tan claro y significativo que debe ser considerado como uno de los grandes logros en la historia de la ciencia” (*Darwin’s Black Box* [“La caja negra de Darwin”], 1996, pp. 232-233). El Dr. Behe refuta la posibilidad misma de que la vida hubiera podido evolucionar. En otras palabras, las sólidas pruebas científicas demuestran que la existencia de la creación exige la existencia de un Creador.

¿Por qué la gente se vuelve a la superstición y a la idolatría?

Hace unos 2.000 años el apóstol Pablo explicó que, en gran medida, la superstición y la ceguera religiosa se deben a la tendencia humana de atribuirle a la creación física inteligencia y poderes que pueden dar vida. Escribió: “Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, *honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador*, el cual es bendito por los siglos. Amén” (Romanos 1:21-25).

El primer mandamiento nos advierte que no aceptemos una religión o filosofía que enseñe que nuestra vida y bienestar se originan o dependen de algo que no sea el Dios verdadero. No hay más que un solo Dios, y fuera de él no hay otra fuente de vida y bendiciones. No existe ningún otro poder que controle los cielos y la tierra: “He aquí, del Eterno tu Dios son los cielos, y los cielos de los cielos, la tierra, y todas las cosas que hay en ella” (Deuteronomio 10:14). Sólo él creó y sostiene el universo en que existimos.

Este es el poderoso mensaje del primer mandamiento. Nosotros tenemos que adorar y servir a nuestro Creador, el Dios obrador de milagros quien libró al antiguo Israel de la esclavitud en Egipto, y

no atribuir nuestra existencia ni nuestras bendiciones a ninguna otra fuente. Debemos amarlo, respetarlo y honrarlo a fin de que podamos tener una relación personal e íntima con él como hijos suyos.

Dependemos completamente de nuestro Creador

Nosotros no nos damos cuenta de lo frágil que es nuestra existencia, de cuánto dependemos del cuidado continuo de nuestro Creador. Si acaso Dios permitiera que la temperatura normal de la superficie de la Tierra variara sólo unos pocos grados, se destruiría el perfecto equilibrio del sistema ecológico que es necesario para nuestra existencia. Sólo unos cambios pequeños en la atmósfera terrestre le darían paso a una irradiación destructiva que causaría que todos fuéramos estériles, y pronto se extinguiría la vida humana. La vida, tal como la conocemos, no podría existir si en la atmósfera no se mantuviera constantemente el preciso equilibrio de nitrógeno, oxígeno, bióxido de carbono, ozono y otros gases y elementos esenciales.

El mismo equilibrio se manifiesta en la cantidad y distribución de agua en los océanos, mares, lagos, ríos, glaciares, reservas subterráneas y montañas nevadas con relación a la masa terrestre

del planeta. La distribución eficaz del agua es imprescindible para el riego necesario de la superficie de nuestro planeta. Este asombroso ciclo hidrológico suministra el agua necesaria para las plantas que nos alimentan, para limpiar la tierra de desperdicios y para incontables necesidades más, sin mencionar el esparcimiento y la belleza que nos proporciona.

Cada día de nuestra vida dependemos de este frágil equilibrio. Dios revela que es él quien gobierna y controla todo esto: "El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas" (Hechos 17:24-25).

Y no obstante la grandeza, la gloria, el poder y la majestad de Dios, él "no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos" (vv. 27-28). □

¿Cómo puede ser más real para nosotros el Dios verdadero?

Por medio de las admirables obras de Dios podemos comprender mejor su carácter. David expresó su tremenda admiración por el cuidado y preocupación que Dios tiene por su creación: “En la hermosura de la gloria de tu magnificencia, y en tus hechos maravillosos meditaré. Del poder de tus hechos estupendos hablarán los hombres, y yo publicaré tu grandeza. Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad, y cantarán tu justicia. Clemente y misericordioso es el Eterno, lento para la ira, y grande en misericordia. Bueno es el Eterno para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras” (Salmos 145:5-9).

Otro salmo contiene esta exclamación: “Alaben la misericordia del Eterno, y sus maravillas para con los hijos de los hombres. Porque sacia al alma menesterosa, y llena de bien al alma hambrienta” (Salmos 107:8-9). Moisés dijo que Dios “hace justicia al huérfano y a la viuda . . . ama también al extranjero dándole pan y vestido” (Deuteronomio 10:18). Por su parte, Jesús nos hace ver que Dios es tan amoroso y misericordioso con todos que incluso “hace salir su sol sobre malos y buenos, y . . . hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). Dios se preocupa por el bienestar de todos los seres humanos, aun por el de aquellos que ignoran su existencia.

¿Por qué es tan importante que entendamos el carácter fundamental de Dios? Porque él quiere crear en nosotros ese mismo carácter: su naturaleza divina. El apóstol Pedro nos dice que Dios “nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas [lleguemos] a ser participantes de la naturaleza divina . . .” (2 Pedro 1:4).

Comprender esto requiere un tremendo cambio mental. Como el apóstol Pablo nos dice en Romanos 12:2: “No os conforméis a este siglo [mundo], sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. ¿Qué clase de renovación debe llevarse a cabo en nuestra forma de pensar? Pablo mismo nos da la respuesta en Efesios 5:1: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados”. Y en Filipenses 2:5 nos dice: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús”. Dios quiere que imitemos el ejemplo perfecto que Jesucristo nos dejó: su forma de pensar, sus actitudes y su concepto de la vida, y que de esta manera lleguemos a ser cada

vez más como él (ver también 1 Corintios 11:1; 1 Tesalonicenses 1:6; 3 Juan 11). ¿Cómo se efectúa este cambio en nuestra mente?

Estudiar y practicar la verdad de Dios

Aprendemos a conocer a Dios siguiendo sus caminos e imitando el amor que él tiene para los demás: “En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos”, y: “El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 2:3; 4:8).

La Biblia es el libro de texto que nos dice lo que necesitamos saber acerca de Dios. Jesucristo nos dice: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4; ver también Deuteronomio 8:3). El apóstol Pablo explicó que “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).

Para poder conocer a Dios tenemos que estudiar esas Escrituras inspiradas. Nosotros también debemos actuar conforme a la exhortación que poco antes le había hecho Pablo a su discípulo Timoteo: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15).

La relación familiar

La relación que Dios quiere tener con nosotros es la de hijos con su padre: “Seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Corintios 6:18).

Aquí podemos ver en qué consiste el impresionante propósito de nuestra existencia: el continuo desarrollo de un carácter justo y la realización de nuestro potencial como miembros de la familia de Dios (ver el mismo versículo y también Mateo 5:48).

El apóstol Juan hace resaltar la importancia de esta relación tan especial: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:1-3).

Jesucristo nació con el propósito de ser el Salvador de la humanidad: “A Jesús, que fue hecho un poco inferior a los ángeles para que por la gracia de Dios sufriera la muerte en beneficio de todos, lo vemos coronado ahora de gloria y honor por haber padecido la muerte. Al conducir muchos hijos a la gloria, convenía que Dios, para quien y por medio de quien todo existe, perfeccionara mediante el sufrimiento al autor de la salvación de ellos. Tanto el que santifica como los que son santificados son de la misma familia. Por eso no se avergüenza Jesucristo de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:9-11, Nueva Versión Internacional).

Este es el increíble y asombroso propósito por el cual usted nació: *¡para llegar a ser un miembro de la familia misma de Dios!*

¡Qué amor tan maravilloso es el que nos manifiesta el Dios viviente, el Creador del universo! Quiere que seamos parte de su familia. Quiere que vivamos por siempre en su reino. Jesucristo nos dice que lo más importante en la vida es que busquemos “primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mateo 6:33). Nuestro Padre celestial nos ha dado esta vida física para que podamos desarrollar una relación permanente con él y así poder recibir la vida eterna como hijos suyos.

Nosotros debemos amarlo, honrarlo y respetarlo al grado de que él sea la autoridad y el ejemplo máximos en nuestra vida. Sólo él es Dios. No debemos permitir que nada nos impida servirlo y obedecerlo como él quiere que lo hagamos.

El segundo mandamiento:

¿Cómo es Dios?

“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy el Eterno tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Éxodo 20:4-6).

El segundo mandamiento va al meollo de nuestra relación con el gran Creador. Tiene que ver con varias cuestiones críticas: ¿Cómo conceptuamos a Dios? ¿Cómo nos lo explicamos o se lo explicamos a otros? Los ídolos son representaciones de dioses falsos e inexistentes, pero ¿acaso podemos hacer uso de pinturas u otros tipos de imágenes para representar al Dios verdadero? Pero sobre todo, ¿cuál es la forma correcta de adorar al único Dios verdadero?

Al examinar el primer mandamiento aprendimos que no debemos permitir que nada de la creación, incluso un ser humano, llegue a ser más importante para nosotros que nuestro Creador. El segundo mandamiento explica que en nuestra adoración no debemos reducir a Dios a la semejanza de un objeto físico. Esto, definitivamente, es algo que Dios no acepta.

El segundo mandamiento prohíbe explícitamente el uso de cualquier tipo de símbolos o formas inanimadas en la adoración al Dios vivo: “. . . ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo

en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra” (Éxodo 20:4). Pero de hecho Dios creó una imagen de sí mismo aquí en la tierra: el ser humano. En Génesis 1:27 se nos dice enfáticamente: “Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”.

Los seres humanos —descendientes de Adán y Eva— son imágenes vivientes del Dios vivo. De todo lo que Dios creó, sólo nosotros fuimos hechos a su semejanza: “El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán [ser humano o humanidad], el día en que fueron creados” (Génesis 5:1-2).

Nuestro Creador es un Dios vivo, no una estatua, figura o pintura inanimada. Cualquier forma en que se le quiera representar desvirtúa, enturbia y limita nuestra percepción de lo que realmente es, dañando así nuestra relación con él.

De todas las cosas creadas en los cielos y en la tierra, sólo los seres humanos reflejan de manera razonablemente realista una imagen del Dios viviente. De igual manera Jesucristo, como humano, reflejó la imagen de su Padre. Dios no sólo hizo a los seres humanos a su imagen, sino que nos creó para que lleguemos a ser aún más como él. Esa es la razón de nuestra existencia: desarrollar en nosotros su mismo carácter santo y justo. Por eso es tan importante que entendamos claramente el propósito del segundo mandamiento.

Sólo Dios puede revelar cómo es él

En cierto sentido, lo que Dios le dice a la humanidad en el segundo mandamiento es: “No traten de decirme cómo soy yo. ¡Yo les diré cómo soy! Es muy importante que se den plena cuenta de que no aceptaré representación alguna de mí”.

Nosotros necesitamos tener un entendimiento práctico de cómo somos semejantes a Dios en nuestra condición actual. También necesitamos saber cómo es que fuimos destinados para llegar a parecernos aún más a él.

Dios nos dotó de la capacidad de crear y dirigir; estas cualidades son comparables a las suyas, aunque obviamente en un grado ínfimo. De toda la creación física, sólo nosotros poseemos verdadero poder mental. Podemos razonar, analizar, planear y visualizar el futuro. Diseñamos y construimos; creamos literatura, arte y música. Podemos

organizar, administrar y supervisar cosas, animales y gente. De manera muy, muy limitada, en muchas cosas nos asemejamos a Dios.

Mas en otros aspectos estamos muy lejos de ser como él. Nuestro carácter es débil y corrupto, y nuestras relaciones interpersonales dejan mucho que desear. Nuestro entendimiento espiritual es limitado, y muchas veces equivocado o tergiversado. Nuestras ideas frecuentemente resultan inexactas y nuestros juicios son parciales. Abrigamos prejuicios y estamos prontos a meternos en pugnas o luchas. En todos estos aspectos espirituales estamos muy lejos de ser semejantes a Dios. Si bien es cierto que Dios nos ha dado, en forma limitada, habilidades y características parecidas a las suyas, es mucho lo que debemos aprender y corregir para poder llegar a ser más como él en nuestro carácter y nuestra naturaleza.

El ejemplo perfecto

Con todo, Dios no nos ha dejado sin un modelo perfecto de su carácter. Jesucristo, como humano, tan perfectamente representó cómo es Dios que pudo decirles a sus discípulos: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).

El apóstol Pablo describió a Jesucristo como “la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15). Un poco más adelante, describió a los cristianos como aquellos que se han “despojados del viejo hombre con sus hechos, y revestidos del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:9-10).

Dios se propone cambiar la naturaleza espiritual del hombre. Así como Cristo es “la imagen del Dios invisible”, así quiere el Padre inculcar en nosotros su propio carácter. Se acerca el tiempo cuando Dios transformará de una existencia física a una existencia espiritual a quienes en su corazón y mente hayan llegado a ser como él.

El apóstol Pablo explicó a los cristianos en Corinto cómo esto habrá de realizarse: “Esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque

es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Corintios 15:50-53).

Esta es la última etapa del proceso de transformación por medio del cual Dios está creando hijos conforme a su propia imagen espiritual. El apóstol Juan se refirió a esta misma transformación: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2).

Nuestro asombroso potencial es llegar a ser como Dios, siempre y cuando sometamos nuestras vidas en obediencia a sus mandamientos (Mateo 19:17). (Si desea más información sobre este tema, no deje

Los nombres de Dios revelan mucho acerca de él

En la Biblia se hace uso de una variedad de nombres para referirse a Dios. Él llama las cosas por lo que son, y se llama a sí mismo por lo que él es.

Algunos de sus nombres describen sus atributos y características personales; otros son sus títulos de posición, poder y autoridad. Se le llama “el Anciano de Días” y “el Altísimo”. Se le revela como nuestro Creador, Padre, Proveedor, Señor, Rey, Sanador, Redentor y Salvador.

A fin de entender la importancia del significado de un nombre divino, examinemos el nombre más significativo en el Antiguo Testamento. En el hebreo es YHVH, que con frecuencia se traduce como Yahveh, Señor o

Jehová*. Este nombre lo distingue de los falsos dioses de otros pueblos; lo establece como el Dios vivo y verdadero de Israel.

El nombre *Yahveh* se deriva de una raíz hebrea que significa “ser”. Dios utilizó esta palabra para contestarle a Moisés cuando le preguntó su nombre. Dios le respondió: “YO SOY EL QUE SOY” (Éxodo 3:14). Otra posible traducción de esto es: “SERÉ LO QUE SERÉ”.

Consideremos el cuadro siguiente: En el tiempo de la salida de Egipto, Dios se hizo presente al antiguo pueblo de Israel por medio de un pilar de fuego durante la noche y por una nube que los cubría durante el día. Antes ya se había manifestado ante Moisés “en una llama de fuego en me-

de solicitarnos dos folletos gratuitos: *Nuestro asombroso potencial humano* y *El camino hacia la vida eterna.*)

Dios nos hace responsables

Esto nos trae a la última parte del segundo mandamiento: “. . . porque yo soy el Eterno tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos” (Éxodo 20:5-6).

El Eterno Dios nos hace responsables por nuestras palabras y hechos. A los que no conocen el propósito del plan divino para el hombre,

dio de una zarza” que ardía pero no se consumía (Éxodo 3:2). Este nombre revela claramente que el Dios vivo, según se relaciona con nosotros, puede ser y puede hacer lo que desee. Puede revelarnos su poder y su presencia en la forma que él quiera.

En la Biblia se nos dice que el nombre *Yahveh* se refiere al “Dios eterno” (Génesis 21:33). Un significado similar lo encontramos en el Apocalipsis: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Apocalipsis 22:13). En otras palabras: “Yo soy el Eterno”.

Estas descripciones o nombres nos muestran claramente que nuestro Creador *siempre ha existido y siempre existirá*. No sólo tiene vida eterna en sí mismo, sino que también tiene el poder para dar la inmortalidad como un don a quienes él quiera.

Es muy importante que al traducir los nombres de Dios de un idioma a otro conservemos el *significado* del nombre, no su sonido fonético. El Antiguo Testamento fue escrito principalmente en hebreo y el Nuevo Testamento en griego. Los nombres de Dios fueron traducidos libremente del hebreo al griego, lo cual es un claro ejemplo de que no es incorrecto en ningún aspecto traducir los nombres de Dios de un idioma a otro.

Recordemos que Dios quiere que lo conozcamos y reconozcamos por lo que él es. Por lo tanto, al traducir la Biblia de un idioma a otro, lo más importante es el *significado* de sus nombres, no su sonido ni su forma ortográfica. □

* La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH. El término erróneo *Jehová* se deriva de la combinación, en hebreo, de las consonantes del nombre *Yahveh* con las vocales de la voz *adonai* (“señor”).

inclinarse ante un ídolo para rendirle homenaje a Dios puede parecerles un acto de gran devoción. Pero Dios espera que quienes entienden y lo adoran en verdad le demuestren su amor obedeciendo sus mandamientos de corazón, no cumpliendo ritos inútiles frente a determinado objeto.

Jesús dejó esto bien claro cuando dijo: “Dios es espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24). En nuestra adoración a Dios no debemos utilizar imágenes ni ritos sin sentido. Jesús explicó que “los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (v. 23).

El conocimiento y entendimiento de la verdad de Dios son indispensables para que se vaya formando el carácter santo, justo y perfecto que él quiere crear en nosotros (2 Pedro 3:18).

En Proverbios 2:1-5 leemos: “Hijo mío, si recibieres mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor del Eterno, y hallarás el conocimiento de Dios”.

Una vez que empezamos a entender la revelación de Dios, él nos hace responsables por lo que sabemos. Debemos aplicar en nuestra vida ese conocimiento. Los verdaderos adoradores de Dios son los que *hacen* lo que aprenden que deben hacer (Romanos 2:13; Santiago 1:22-25). En 1 Juan 2:4, el apóstol declaró sin ambages: “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él”.

Cuando obedecemos a Dios estamos imitando su forma de pensar y de actuar (Efesios 5:1), y esto es en sí un acto de adoración. Lo honramos y magnificamos *por la forma en que vivimos*. Cuando adoramos a Dios en espíritu y en verdad, permitimos que él vaya formando en nosotros su propio carácter santo y justo.

Los resultados insidiosos de la idolatría

La imagen física de una deidad, ya sea un grabado, una pintura, una fotografía, una escultura, etc., no tiene vida ni poder. Aun en el caso de que supiéramos con exactitud cómo es Dios —y nadie lo sabe— sería imposible hacer una imagen que pudiera representar los

muchos aspectos del carácter de Dios que nos son revelados por medio de su Palabra escrita. En ocasiones Dios obra con ternura y misericordia, y en otras con gran ira y poder, pero siempre en amor y para el beneficio espiritual de sus hijos e hijas. Él no quiere que consideremos un rasgo de su carácter o personalidad sin tener en cuenta sus muchas otras facetas. Quiere que leamos acerca de él, que aprendamos cómo es y que lo imitemos fielmente.

Dios explica por qué no quiere que se usen imágenes en su adoración: “Guardad, pues, mucho vuestras almas; pues ninguna figura visteis el día que el Eterno habló con vosotros de en medio del fuego; para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna, efigie de varón o hembra, figura de animal alguno que está en la tierra, figura de ave alguna alada que vuela por el aire, figura de ningún animal que se arrastre sobre la tierra, figura de pez alguno que haya en el agua debajo de la tierra. No sea que alces tus ojos al cielo, y viendo el sol, y la luna y las estrellas, y todo el ejército del cielo, seas impulsado, y te inclines a ellos y les sirvas; porque el Eterno tu Dios los ha concedido a todos los pueblos debajo de todos los cielos. Pero a vosotros el Eterno os tomó, y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que seáis el pueblo de su heredad como en este día” (Deuteronomio 4:15-20).

Dios quería que los israelitas recordaran que ellos debían adorar al Dios vivo, no a imagen o ídolo alguno, y que siempre dirigirían su adoración hacia el Creador y nunca hacia objetos dentro de su creación. Les mandó: “Guardaos, no os olvidéis del pacto del Eterno vuestro Dios, que él estableció con vosotros, y no os hagáis escultura o imagen de ninguna cosa que el Eterno tu Dios te ha prohibido” (v. 23). Como leemos en Levítico 26:1 y Números 33:52, las representaciones de dioses —ya sean grabados, pinturas, objetos de cerámica o metal u otros artículos cuyo propósito es la adoración— están incluidas entre los objetos prohibidos de idolatría.

Idolatría e inmoralidad

Las religiones idólatras del mundo antiguo estaban ligadas de manera intrincada con la fertilidad de los animales, la tierra y las plantas. Al asociar la fertilidad humana con los fenómenos naturales que sus ídolos representaban —el sol, la lluvia, la tierra— practicaron ritos

de fertilidad en los que había orgías sexuales y prostitución en sus templos. La adoración en tales sitios vino a ser el foco de su inmoralidad. Admitían adolescentes para hacerlas servir en los templos como prostitutas. Se esperaba que los hombres acudieran a los lupanares de los templos para adorar a sus dioses locales. De esta manera la inmoralidad y la degeneración, disfrazadas con vestiduras religiosas, se consideraban virtudes.

Esta es la razón por la que con frecuencia la idolatría y la inmoralidad se mencionan juntas en la Biblia. El apóstol Pablo escribió acerca de este problema: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” (Colosenses 3:5).

El apóstol Pedro nombró otras prácticas corruptas junto con la idolatría: “Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías. A éstos les parece cosa extraña que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y os ultrajan” (1 Pedro 4:3-4).

El poder que se encuentra detrás de todo esto

La idolatría se condena tajantemente, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. Pablo encomió a los cristianos que se habían convertido “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero” (1 Tesalonicenses 1:9), y a otros les recomendó: “Amados míos, huid de la idolatría” (1 Corintios 10:14).

Mucho más importante aún, él mismo explicó por qué es tan malo adorar a las representaciones de dioses: “¿Qué digo, pues? ¿Que el ídolo es algo, o que sea algo lo que se sacrifica a los ídolos? Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios” (vv. 19-20).

Detrás de este asunto de los ídolos y todas las demás manifestaciones de idolatría se encuentra Satanás mismo: “Si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo [mundo] cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Corintios 4:3-4).

Satanás influye en la gente para que en sus mentes visualicen como una imagen inanimada —muerta— al propio Hijo de Dios. El propósito de Satanás es desviarlos para que no conozcan ni sirvan al verdadero Jesucristo de la Biblia, quien es la imagen viva, vibrante y perfecta del Dios vivo. Al cegar a la mayor parte de la humanidad (Apocalipsis 12:9) para que no vea la importancia que tienen los mandamientos de Dios, Satanás ha tenido éxito en desviar a millones de personas que profesan adorar a Cristo, para que adoren a ídolos o imágenes, todo lo contrario de las claras instrucciones de Dios en el segundo mandamiento.

Debemos recordar por qué fuimos creados

El segundo mandamiento es un recordatorio constante de que, de toda la creación, sólo el hombre fue hecho a imagen de Dios y conforme a su semejanza. Únicamente nosotros podemos ser transformados en la imagen espiritual de Cristo quien, por cierto, vino en la carne como la imagen espiritual perfecta de nuestro Padre celestial. Este mandamiento protege la relación especial que tenemos con nuestro Creador, quien nos hizo a su imagen y continúa modelándonos a fin de que, algún día, cada uno de nosotros llegue a ser una imagen espiritual de él.

El segundo mandamiento nos recuerda que *Dios es mucho más grande que cualquier cosa que nosotros podamos ver o imaginar*. No debemos permitir nunca que ese conocimiento sea desvirtuado o borrado por hacer uso de imágenes o símbolos en nuestra adoración a Dios.

El tercer mandamiento:

De la blasfemia a la alabanza

“No tomarás el nombre del Eterno tu Dios en vano; porque no dará por inocente el Eterno al que tomare su nombre en vano” (Éxodo 20:7).

El tercer mandamiento hace hincapié en la importancia de guardar el debido respeto a Dios. Tiene que ver con la forma en que comunicamos nuestros sentimientos acerca de Dios a otros y también hacia él. Encierra nuestras actitudes, así como nuestro hablar y actuar.

La base de toda relación realmente positiva es el respeto mutuo. La calidad de nuestra relación con Dios depende del grado de amor y respeto que le tenemos. También depende de la manera en que le expresamos respeto delante de los demás. Él espera que siempre le honremos por quien es y por lo que es.

Por consiguiente, utilizar el nombre de Dios de una manera frívola, denigrante o de cualquier forma irrespetuosa demuestra una actitud de desprecio a la relación que debemos tener con él. Esto puede variar desde simple descuido hasta hostilidad y antagonismo. Tiene que ver con cualquier uso inapropiado del nombre de Dios.

El significado de la palabra hebrea *saw*, traducida como “en vano”, también quiere decir “engaño; malicia; falsedad; vanidad; vacío” (*Vine’s Complete Expository Dictionary of Old and New Testament Words* [“Diccionario expositivo completo de palabras del Antiguo y

Nuevo Testamentos”, de W.E. Vine]. El tener relación con Dios exige que lo representemos correcta, sincera y respetuosamente.

El respeto a Dios y su nombre

Reflexionemos acerca de algunas de las maneras en que debemos relacionarnos con el nombre de Dios. Él nos creó a su imagen y semejanza con el potencial de llegar a ser miembros de su familia divina. Quienes reciben su Espíritu son miembros de la Iglesia de Dios. Las leyes de Dios nos explican las normas y los principios que deben regir nuestra conducta, y nuestra esperanza está en llegar a ser parte del Reino de Dios. Todo lo que realmente es importante para nosotros es una dádiva de Dios, “porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28).

Observemos tres ejemplos de la fuerza con que se expresa el respeto hacia Dios en el libro de los Salmos: “Bendice, alma mía, al Eterno. Eterno Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia” (Salmos 104:1). “Tema al Eterno toda la tierra; teman delante de él todos los habitantes del mundo” (Salmos 33:8). Y en Salmos 145:1-3 el rey David escribió: “Te exaltaré, mi Dios, mi Rey, y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre. Cada día te bendeciré, y alabaré tu nombre eternamente y para siempre. Grande es el Eterno, y digno de suprema alabanza; y su grandeza es inescrutable”.

Blasfemia y lenguaje soez

Quizá la manera más común en que se quebranta el tercer mandamiento es por el uso del lenguaje soez: usar el nombre de Dios en forma injuriosa, vulgar o irreverente. Mancillar el nombre de Dios, o el de su Hijo Jesucristo, es algo que se hace en casi todo el mundo. Desde el principio de la historia, la inmensa mayoría de los seres humanos nunca han mostrado el respeto que merece el nombre de Dios.

La blasfemia no es la única forma en que podemos tomar el nombre de Dios en vano. Cualquier persona que en su diario hablar use a la ligera el nombre de Dios, o el de Jesucristo, no conoce a Dios como debiera. Sin embargo, y aunque parezca extraño, en muchos casos tales personas creen e insisten en que sí lo conocen.

En cierto sentido, una persona así se parece a Job antes de que Dios le hiciera ver cómo el orgullo afectaba su forma de pensar. Reconociendo su error, Job le dijo a Dios: “De oídas te había oído; mas

ahora mis ojos te ven” (Job 42:5). Finalmente, Job se dio cuenta de que no conocía a Dios tan bien como creía.

Muchos que durante toda su vida han oído hablar de Dios suponen que lo conocen, que tienen una relación aceptable con él; no obstante, nunca han aprendido cómo respetarlo u honrarlo realmente. De manera descuidada, lo rebajan o degradan mencionando su nombre en forma irrespetuosa en sus conversaciones diarias. Sin darse cuenta, hacen saber a quienes les escuchan que el respeto hacia Dios no es importante para ellos, aunque pueden pensar que sí lo es.

No importa con cuánta indiferencia pueda uno pensar acerca de esta falta de respeto hacia Dios, el tercer mandamiento deja muy claro que él no lo toma a la ligera, “porque no dará por inocente el Eterno al que tomare su nombre en vano”. Cualquier uso indebido que hagamos del nombre de nuestro Hacedor nos mancha espiritualmente ante sus ojos.

De seguro, cada uno de nosotros ha sido irrespetuoso con Dios más de una vez. Es muy probable que, lo mismo que Job, hayamos tenido —o aún tengamos— que reconsiderar nuestra actitud hacia el Creador. En cuanto Job se dio cuenta de su actitud irreverente, pudo verse a sí mismo como realmente era. Por eso dijo: “Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:6). De igual manera, nosotros tenemos que arrepentirnos de cualquier actitud que pudiera conducirnos a la irreverencia. Necesitamos ser cuidadosos en nuestra forma de hablar, y usar con gran respeto el nombre de Dios.

Jesucristo revela a Dios completamente

Tanto deseaba Dios que entendiéramos cómo es él —especialmente su naturaleza o carácter— que envió a su Hijo Jesucristo como el ejemplo perfecto de todo lo que él es. Jesús dijo: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). En Hebreos 1:3 se nos dice que, con respecto al Padre, Jesucristo es “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”. Al revelarnos por medio de su ejemplo cómo es el Padre y lo que él exige de nosotros, Cristo nos abrió el camino a la vida eterna (Juan 17:1-3). “Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11).

En Colosenses 1:19-20 podemos apreciar cuán completamente Jesús reflejaba la gloria de Dios: “Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz”.

La importancia del nombre de Cristo

El nombre *Jesús* quiere decir “Salvador”. *Cristo* significa “[el] ungi-do”, lo mismo que el vocablo hebreo *mashiaj* (“Mesías”). Como el Hijo de Dios, Jesucristo es nuestro Rey y nuestro único Salvador: “En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).

El nombre de Jesucristo es importantísimo para nuestra salvación, pero resulta inútil si sólo lo repetimos constantemente sin entender su significado y sin dejar que influya en nuestro modo de vivir. El apóstol Pablo explicó esto de la manera siguiente: “El fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Timoteo 2:19).

Quienes se arrepienten de sus pecados y son bautizados en el nombre de Cristo reciben el Espíritu Santo para que puedan ser imitadores de él (Hechos 2:38). El apóstol Pablo les dice a estas personas: “Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3:17).

En otras palabras, cualquier cosa que hagamos debemos hacerla de acuerdo con la aprobación o autoridad de Jesucristo; es decir, en su nombre. Pero usar su nombre en cualquier forma que pueda acarrearle deshonra o vergüenza, es pecado y quebranta el tercer mandamiento.

Honremos a Dios con nuestro ejemplo

Por cuanto los seguidores de Cristo son conocidos por este nombre, su comportamiento siempre honra o deshonra al Padre y al Hijo. En la Biblia vemos que a quienes obedecen los mandamientos de Dios se les llama “la sal de la tierra” y “la luz del mundo” (Mateo 5:13-14, 18). Ellos son sus representantes ante toda la humanidad; llevan su nombre como “un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). Ellos, con su ejemplo, deben dar honra al nombre de Dios.

Moisés explicó esto mismo al antiguo pueblo de Israel: “Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como el Eterno mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está el Eterno nuestro Dios en todo cuanto le pedimos?” (Deuteronomio 4:5-7). Moisés quería que los israelitas honraran a Dios con su comportamiento a fin de que todas las naciones a su alrededor aprendieran también a honrarlo.

Ejemplos que deshonran a Dios

Sin embargo, en lo que se refiere a honrar a Dios, el antiguo pueblo de Israel fue un fracaso rotundo. Ellos finalmente trajeron tanta vergüenza al nombre de Dios que él permitió que sus enemigos se los llevaran como prisioneros y cautivos.

Mas él prometió que con el tiempo traería a sus descendientes y los establecería nuevamente como nación con el propósito de exigir que su nombre fuera honrado. Por medio de uno de sus profetas dijo: “He tenido dolor al ver mi santo nombre profanado por la casa de Israel entre las naciones adonde fueron. Por tanto, di a la casa de Israel: Así ha dicho el Eterno el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado. Y santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy el Eterno, dice el Eterno el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos” (Ezequiel 36:21-23).

¿Cómo sucederá esto? Nuevamente Dios dará a los descendientes de Jacob la responsabilidad de traer honra a su nombre: “Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del Eterno como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas

de arado, y sus lanzas en hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra” (Isaías 2:2-4). Los que vivan en ese tiempo entenderán la realidad del Dios verdadero y honrarán su nombre.

Podemos blasfemar contra Dios con nuestro comportamiento

El apóstol Pablo explica que quienes de manera hipócrita se llaman a sí mismos por el nombre de Dios y dicen ser su pueblo —al tiempo que rehúsan obedecerlo— de hecho blasfeman su nombre. En Romanos 2:21-24 podemos leer lo que en cierta ocasión Pablo dijo a algunos que se comportaban de tal forma: “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros”.

En otra de sus epístolas, Pablo nos hace ver que incluso algunos que se creen cristianos pueden causar deshonra al nombre de Dios con su comportamiento: “Todos los que están bajo el yugo de esclavitud, tengan a sus amos por dignos de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina” (1 Timoteo 6:1).

Nuestro comportamiento no debe ser motivo de crítica, ya que, como se nos dice en 2 Corintios 5:20, “somos embajadores en nombre de Cristo”. Somos sus representantes personales. Una conducta descortés o irrespetuosa de quienes se dicen seguidores de Cristo, deshonra el nombre de Dios a la vista de los demás. Ocasiona crítica al nombre de Dios, nombre que ellos dicen llevar.

Jesús condenó la hipocresía religiosa

Jesucristo reprendió duramente a los que tenían tan detestable costumbre: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad” (Mateo 23:27-28).

La gente por lo general se siente cómoda con hablar elogiosamente de Dios . . . siempre y cuando puedan continuar con su propio punto

de vista y su forma de vivir. Pero a lo largo de la historia la queja de Dios ha sido que la gran mayoría de la gente que usa su nombre no lo honra de corazón; sólo lo honra como dice una conocida expresión: “De dientes afuera”.

Jesús dijo: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (Mateo 15:7-9). También dijo: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46).

Cómo debemos honrar a Dios

Dios desea que lo amemos de verdad, no sólo de palabra. Él quiere tener una relación con nosotros que salga del corazón. Jesús nos dice: “El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Lucas 6:45).

A final de cuentas, no es suficiente con sólo evitar hacer mal uso del nombre de Dios. Él quiere que lo amemos y lo respetemos, y el hecho de honrarlo empieza en nuestros pensamientos. Debemos saber quién y cómo es Dios. Es necesario saber qué es lo que él exige de nosotros y por qué. Debemos sentir gran admiración por su sabiduría, amor, justicia y equidad. Necesitamos respetar su poder y darnos cuenta de que nuestra existencia depende de su bondad y misericordia.

Luego es muy importante hablar con él en oración todos los días. Debemos reconocer su grandeza y seguir las exhortaciones que se nos dan en el libro de los Salmos para darle gracias y alabarlo, expresándole sinceramente nuestro agradecimiento por todo lo que nos da. Debemos pedirle que inculque en nosotros su carácter y su forma de pensar, al igual que el poder de su Espíritu para que podamos obedecerlo y servirlo de todo corazón.

La forma en que mejor podemos honrar a Dios es amarlo de tal manera que sobre todas las cosas deseemos ser como él y representarlo correctamente ante todos los que nos ven o nos conocen. Si esa es nuestra actitud, el solo pensamiento de que pudiéramos ocasionar alguna vergüenza a su nombre nos será repugnante. ¡Estaremos fuertemente decididos a nunca tomar el nombre de Dios en vano!

El cuarto mandamiento:

Clave para la relación con nuestro Creador

“Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para el Eterno tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo el Eterno los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, el Eterno bendijo el día de reposo y lo santificó” (Éxodo 20:8-11).

¿Por qué el apartar un día de la semana es tan importante que Dios lo ha incluido como uno de los Diez Mandamientos?

El cuarto mandamiento, santificar el sábado, completa la sección del Decálogo que especifica los principios fundamentales que rigen nuestra relación con Dios: cómo debemos amarlo, adorarlo y relacionarnos con él. Nos explica por qué y cuándo necesitamos apartar un tiempo especial para acercarnos más a nuestro Creador.

El sábado, el séptimo día de la semana, fue apartado por Dios como un tiempo para el descanso y el fortalecimiento espiritual. En nuestro calendario el período que Dios ha santificado empieza a la puesta del sol del viernes y termina a la puesta del sol del sábado.

Desde luego, alguno de inmediato preguntará: ¿Por qué el séptimo día? ¿En qué puede mejorar nuestra relación con Dios el que observemos ese día en particular y no cualquier otro día? Al fin y al

cabo, la noche del viernes y el sábado abundan las actividades y diversiones, sin mencionar el trabajo y los negocios. ¿Por qué hemos de ser diferentes de los demás? ¿No es este solamente un mandamiento simbólico? ¿Acaso no lo quebrantó Jesucristo mismo, liberándonos así de la carga de observarlo?

Este tipo de preguntas refleja algunas de las muchas creencias que por siglos se han tenido con respecto al cuarto mandamiento. Pero el precepto de Dios es sencillo y fácil de entender. ¿Por qué, pues, tantos lo omiten, lo atacan y tratan de evadirlo? ¿No será porque los obstáculos para obedecer el mandamiento acerca del sábado provienen del dios de este mundo? Este malvado ser quiere que aceptemos tales puntos de vista porque él detesta la ley de Dios. Ejerce toda la influencia que puede a fin de que tengamos excusas para hacer caso omiso de este mandamiento.

Muy pocos se dan cuenta de la gran influencia que Satanás tiene en nuestra sociedad. Como el verdadero “dios de este siglo” (2 Corintios 4:4), él engaña al mundo entero y lo tiene bajo su influencia (Apocalipsis 12:9; 1 Juan 5:19). Su propósito siempre ha sido destruir la relación entre el Dios verdadero y los hombres. Lo que más desea es evitar que los seres humanos tengan una amorosa relación personal con su Creador, la cual, en sí, es la razón del cuarto mandamiento. ¡Él quiere impedir que realicemos nuestro asombroso potencial de llegar a nacer como miembros de la familia de Dios!

Jesús y los apóstoles guardaron el sábado

¿Qué podemos aprender del ejemplo de Cristo con relación al sábado? “Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga *conforme a su costumbre*, y se levantó a leer” (Lucas 4:16). Jesús guardaba el sábado con el propósito para el cual fue creado: para ayudar a la gente a tener una relación personal con Dios.

Después de la muerte de Cristo, vemos que los apóstoles siguieron su ejemplo en la observancia del sábado: “Y Pablo, *como acostumbra*ba, fue a ellos, y por tres días de reposo discutió con ellos” (Hechos 17:2). Pablo “discutía en la sinagoga *todos los días de reposo*, y persuadía a judíos y a griegos” (Hechos 18:4).

No obstante, en la actualidad casi toda la gente que dice seguir a Cristo rechaza la vigencia de este ejemplo que él y los apóstoles nos

dejaron, y no lo imita. Al parecer, pocos se dan cuenta de que ese rechazo masivo del sábado como el día de adoración para los cristianos no empezó hasta 300 años después del ministerio de Cristo en la tierra.

El cambio oficial del día de reposo de sábado a domingo fue perpetrado por el emperador romano Constantino, quien declaró el cristianismo como la religión oficial del Estado. Pudo darse cuenta de que al aceptar y apoyar el cristianismo se aseguraría una gran ventaja política sobre su rival, quien apoyaba la persecución y muerte de los cristianos. Pero esa aceptación tenía un precio: el control del Estado sobre todos los asuntos de la religión.

La Biblia en ninguna parte menciona que el Padre o Jesucristo hayan concedido permiso para cambiar el día de reposo del séptimo día de la semana al primero, el domingo. Ningún ser humano, institución o gobierno ha tenido jamás el derecho o la facultad de cambiar lo que Dios ha santificado.

El sábado y nuestra relación con Dios

El sábado es de vital importancia en nuestra relación con Dios porque determina la manera en que lo comprendemos y adoramos. Debemos “santificar” el sábado adorando a Dios como es debido en ese día. Si no lo hacemos, entonces renunciamos a ese entendimiento especial que él quiere inculcar en nosotros al adorarlo en ese día.

La suspensión de nuestras actividades normales cada semana nos recuerda una lección básica. Después de trabajar seis días “componiendo” y embelleciendo este planeta, Dios suspendió la parte física de su creación y reposó el séptimo día (Isaías 45:18; Génesis 2:1-3).

El sábado es un día especial para cultivar nuestra relación espiritual con Dios. Aunque es un día en que debemos suspender nuestras labores cotidianas a fin de que podamos descansar lo necesario para nuestra recuperación física, no es un día de indolencia, como algunos suponen. Todo lo contrario, el sábado es un día especial en el cual cambiamos radicalmente la perspectiva de nuestra actividad. El propósito de Dios es que este sea un tiempo en el cual *nos acerquemos más a él con gozo y entusiasmo*.

Por medio de uno de sus profetas, Dios nos dice: “Si retrajeres del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso del Eterno; y lo venerares, no andando en tus

propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en el Eterno; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Eterno lo ha hablado” (Isaías 58:13-14).

Ciertamente, *deleitarnos en el Eterno* es la razón por la que durante las 24 horas del sábado debemos cesar nuestras actividades cotidianas de los otros seis días de la semana.

Establecer y cultivar las relaciones interpersonales lleva tiempo. Toda asociación provechosa requiere tiempo. Ninguna relación buena puede tener éxito si no se cultiva por algún tiempo: ninguna amistad, ningún noviazgo, ningún matrimonio, y así lo requiere también nuestra relación con Dios y con Jesucristo. Dios quiere que dediquemos un tiempo *especial* para adorarlo. Ese tiempo especial sólo puede darnoslo el sábado: el séptimo día de la semana.

El vocablo hebreo traducido como sábado es *shabbath*, el cual quiere decir “cesar, hacer una pausa o tomarse un descanso”. El sábado nosotros debemos descansar de nuestras actividades cotidianas y dedicar nuestro tiempo y atención a nuestro Creador. ¿Por qué? “Porque en seis días hizo el Eterno los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, el Eterno bendijo el día de reposo y lo santificó” (Éxodo 20:11). De una manera diferente de cualquier otro mandamiento, el sábado nos mantiene en contacto con la realidad de que Dios es nuestro Creador.

El mundo no conoce al Dios verdadero

Observemos el mundo en que vivimos. La teoría de la evolución —que el mundo y todo lo que hay en él surgió de la nada— es el concepto predominante entre la gente educada. La mayoría de los eruditos se mofan de la idea de que la creación exige un Creador capaz de pensar y planear y que tuviera un *propósito* al crearnos. Incluso muchos científicos que profesan ser cristianos están de acuerdo con tal teoría. Sin embargo, para los que obedecen fielmente los Diez Mandamientos, la observancia del reposo del séptimo día les recuerda constantemente que su fe se basa en la existencia de un Creador muy real.

En Hebreos 11:3 leemos: “Por la fe [es decir, al creer lo que Dios nos dice en la Biblia] entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se

vea”. Esta fe es la confianza absoluta de que la Biblia fue inspirada por Dios y que nos revela precisamente cómo llegaron a existir el mundo y el hombre. (Para más información al respecto, puede solicitar nuestro folleto gratuito *¿Se puede confiar en la Biblia?*)

Dios no nos revela muchos detalles sobre *cómo* creó el universo; sólo nos dice que lo creó. El observar el sábado cada semana nos mantiene siempre conscientes de este hecho fundamental. Dios sabe que todo aquel que descuida este conocimiento olvida qué y quién es él. Así de importante es este conocimiento.

Es por esto mismo que la observancia del sábado resulta ser tan importante en la relación con nuestro Hacedor. Nos recuerda constantemente que el ser a quien adoramos es ni más ni menos el Creador de “los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay”.

La creación continúa

El sábado no sólo es un recordatorio de una creación pasada. Es cierto que Dios terminó la parte física de su creación en seis días; no obstante, la parte *espiritual* aún prosigue. El sábado es el día en el cual se enfoca esa creación espiritual —la creación de la nueva persona en Cristo— de manera muy especial. Como se nos dice en 2 Corintios 5:17: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

La nueva creación espiritual es *interna*, por cuanto se realiza en el corazón y carácter de cada persona. Empieza cuando, tomando en cuenta nuestro comportamiento anterior, nos despojamos “del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y [nos renovamos] en el espíritu de [nuestra] mente, y [nos vestimos] del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24). Este nuevo hombre o mujer es aquel que “conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:10).

El carácter espiritual no puede desarrollarse sólo con base en nuestra propia voluntad. El “viejo hombre” inevitablemente cederá a las debilidades y deseos de la naturaleza humana. El apóstol Pablo resume esta situación así: “Yo sé que en mí, esto es en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:18-19).

Es Dios mismo quien crea espiritualmente en nosotros ese carácter justo y santo. Es él quien renueva nuestra manera de pensar y nos da la voluntad y la fortaleza necesarias para poder resistir las tendencias de la naturaleza humana. “Dios es el que en vosotros produce así el *querer* como el *hacer*, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

Un día de renovación

¿Nos damos cuenta de la importancia de esto? Si estamos en Cristo, nuestro Padre celestial está creando en nosotros su propio carácter, *su naturaleza divina* (2 Pedro 1:4). El período semanal que él apartó para siempre a fin de recordarnos que él es el Creador, es el mismo período semanal durante el cual nos instruye, y esto tiene como fin el hacernos *una nueva creación*.

El apóstol Pedro nos dice que, “como niños recién nacidos”, debemos desear “la leche espiritual no adulterada, para que por ella [crezcamos] para salvación” (1 Pedro 2:2). El sábado es el día que Dios apartó para que nos acerquemos más a él por medio del estudio de su Palabra, la oración personal y la instrucción en grupo. Dios bendijo y santificó —apartó— ese período de 24 horas (Génesis 2:1-3). Nosotros debemos utilizarlo para deleitarnos en nuestro Creador y buscar diligentemente su participación en nuestro crecimiento espiritual (Isaías 58:13-14).

El sábado es el día en que los seguidores de Cristo deben acercarse más los unos a los otros: “Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:24-25).

El sábado es el único día en el cual Dios ordena una convocación semanal: “Seis días se trabajará, mas el séptimo día será de reposo, santa convocación; ningún trabajo haréis; día de reposo es del Eterno en dondequiera que habitéis” (Levítico 23:3).

En el Nuevo Testamento hay pruebas de que tanto los apóstoles de Cristo como los nuevos conversos continuaron congregándose en el séptimo día, el sábado. Ellos lo observaban poniendo énfasis especial en la “nueva” persona que Dios está creando ahora. La importancia del séptimo día con relación a sus vidas aumentó para ellos. La Epístola a los Hebreos confirma que los seguidores de Cristo y los

apóstoles guardaron el sábado, y nos afirma que “queda todavía un reposo sabático para el pueblo de Dios” (Hebreos 4:9, Reina-Valera Actualizada).

En conformidad con el ejemplo de Jesús, sus discípulos continuaron obedeciendo el mandamiento de Dios de santificar el sábado. Observaron el séptimo día como el día de reposo. El mandamiento de Dios para nosotros hoy día sigue siendo el mismo: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo” (Éxodo 20:8).

Necesitamos desesperadamente apartar un tiempo para acercarnos a nuestro Creador. Él nos dice cuánto tiempo especial necesitamos para nuestra relación con él y cuándo apartarlo. A nosotros nos corresponde decidir si confiamos en su sabiduría y si estamos dispuestos a obedecer su mandamiento de santificar el sábado.

(Para obtener un estudio mucho más amplio de este tema, no vacile en solicitar nuestro folleto gratuito *El día de reposo cristiano*.)

El quinto mandamiento:

Un fundamento del éxito

“Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que el Eterno tu Dios te da” (Éxodo 20:12).

El quinto mandamiento es el primero de los seis preceptos que precisan las formas correctas de tratar con nuestros semejantes. Estos seis mandamientos, del quinto al décimo, rigen los aspectos del comportamiento humano que más profundamente afectan a los individuos, las familias, los grupos y la sociedad.

Es impresionante la forma en que abusamos y nos aprovechamos los unos de los otros. El número y la magnitud de los actos violentos entre nosotros no tienen excusa. Necesitamos con urgencia poner fin a los terribles resultados de nuestra incapacidad de llevarnos bien. Tenemos que aprender cómo estar en paz y armonía en todos los aspectos de la vida, para poder disfrutar de relaciones amorosas, estables y duraderas.

El propósito de estos seis mandamientos es establecer los principios básicos mediante los cuales es factible tener buenas relaciones interpersonales. Definen con absoluta claridad los aspectos del comportamiento en los que la naturaleza humana crea los obstáculos más grandes para la paz y la colaboración, y nos proporcionan la guía que necesitamos para derribar esos obstáculos.

El quinto mandamiento establece la pauta para esta sección del Decálogo. Tiene que ver con la importancia de aprender a tratarnos respetuosa y honorablemente unos a otros.

Aprender a respetar a los demás

El comienzo de las buenas relaciones interpersonales es aprender a ser responsables por nuestra conducta y carácter propios. Nuestro carácter, que es lo que gobierna nuestra conducta, empieza a formarse desde la infancia. Es precisamente en nuestros primeros años de vida cuando se forman las actitudes que habrán de controlar nuestros deseos personales en relación con los deseos y necesidades de los demás. Este es el aspecto principal del quinto mandamiento: la importancia de aprender a *respetar a otros* cuando aún somos niños.

El quinto mandamiento nos muestra cómo y de quién aprendemos más eficientemente las bases del respeto y el honor. Nos guía para que sepamos cómo someternos a otros, cómo someternos apropiadamente a la autoridad y cómo recibir la influencia de maestros y consejeros. Por eso es que el apóstol Pablo escribió: “Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (Efesios 6:2-3).

Cuando los niños obedecen este mandamiento les ayuda a establecer un patrón de respeto hacia las normas, tradiciones, leyes y principios correctos. Honrar a los demás debe ser un hábito natural aprendido durante la niñez.

La validez universal de este importantísimo principio es clara. En 1 Pedro 2:17 leemos: “Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey”. Todo esto empieza con el respeto y honra que les demostramos a nuestros padres.

El papel de los padres

Dios les encomendó directamente a los padres el importante deber de enseñar a sus hijos los principios esenciales de la vida. La capacidad del padre y de la madre para lograr el éxito en esto depende especialmente de cuánto se han sometido ellos mismos a las instrucciones y enseñanzas de Dios, amándolo y respetándolo por encima de todo (Mateo 6:33). Recordemos que los cuatro mandamientos que hacen hincapié en la importancia de nuestra relación personal con Dios preceden a

este mandamiento de honrar a nuestros padres. Al fin y al cabo, Dios es nuestro Padre por excelencia.

Observemos cómo Dios amonestó a los dirigentes espirituales del antiguo Israel: “El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? y si soy señor, ¿dónde está mi temor? . . .” (Malaquías 1:6). Como nuestro Creador, Dios es el Padre de todos los seres humanos.

Los que somos padres debemos pensar primeramente en que somos hijos: *los hijos de Dios*. Tan importante es para nosotros honrar y obedecer a nuestro Padre celestial como es para nuestros hijos respetarnos y obedecernos. Sólo entonces podremos comprender completamente nuestro papel como los guías espirituales de nuestros hijos.

Cuando *nosotros* honramos y obedecemos a Dios primeramente, damos el ejemplo correcto a nuestros hijos. Entonces ellos pueden adquirir los hábitos de respeto y obediencia al observar nuestro ejemplo y aplicar por sí mismos lo que les enseñamos. La mejor forma de que un niño pueda captar y asimilar las creencias y el comportamiento correctos es cuando ve que la enseñanza de sus padres y maestros concuerda fielmente con el ejemplo que dan.

El eslabón perdido en la crianza de los hijos

Las instrucciones para los padres son muy claras: “Amarás al Eterno tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes” (Deuteronomio 6:5-7). La implicación es clara: Sólo cuando *nosotros* como padres creemos de corazón en los principios correctos podemos inculcarlos en nuestros hijos.

A lo largo de la Biblia, particularmente en el libro de los Proverbios, encontramos enseñanzas y principios acerca de cómo debemos tratarnos y honrarnos los unos a los otros. Debemos hablar acerca de estas cosas constantemente con nuestra familia y aplicarlas a las situaciones de la vida con que diariamente se enfrentan nuestros hijos. Estas pláticas deben ser de mutua participación; debemos permitir que ellos se sientan libres de hacer preguntas que nosotros como padres debemos ayudarles a resolver tan completa y correctamente como sea posible, de acuerdo con los principios bíblicos (Deuteronomio 6:20-21).

Al conversar abiertamente con nuestros hijos, con dignidad y respeto mutuos, tendremos muchas oportunidades no sólo de enterarnos de cómo ellos piensan y reaccionan a diferentes situaciones, sino que también podremos enseñarles cómo deben tratar a otras personas y por qué sus actitudes y comportamiento deben reflejar preocupación por ellas. Los padres que ayudan a sus hijos en el estudio de la Palabra de Dios para comprobar las bases de los principios de la vida familiar, los están enseñando cómo apoyarse en el *juicio de Dios* en lugar de en sus propios deseos, caprichos o emociones.

Los niños, particularmente los adolescentes, buscan su propio lugar dentro de la sociedad. Ellos necesitan guía e instrucción firmes, además de amor y comprensión. Los padres no deben ridiculizarlos. En Efesios 6:4 el apóstol Pablo nos advierte: “Vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor”. Con firmeza, junto con mucho amor y suavidad, los padres deben insistir en que sus hijos obedezcan las normas de cortesía y respeto. Esta amorosa combinación es el eslabón que se ha perdido en la crianza de los hijos.

Ayudar a los niños a afirmar su identidad

Los niños necesitan que se les anime constantemente y que se reconozcan sus éxitos y sus logros. Sobre todo, necesitan de mucho amor y elogios para ayudarlos a desarrollar una fuerte identidad personal que refleje una perspectiva positiva y confiada hacia la vida.

Debemos tener en cuenta que no todos los niños reaccionan de la misma manera a las diferentes formas de elogio. Algunos pueden desarrollar mejor una perspectiva positiva cuando se les elogia directamente a *ellos* —reconociendo sus habilidades y las cosas que pueden hacer— en vez de fijarse tan sólo en los logros. Cuando hacemos hincapié sólo en los logros, como las buenas notas en la escuela, podemos ocasionar una actitud negativa e insegura porque algunos niños pueden pensar que son aceptados sólo si hacen las cosas en forma sobresaliente: que son amados sólo cuando su desempeño es perfecto. Esta clase de elogios, por bien intencionados que sean, pueden tener un efecto contrario al deseado.

Como padres, debemos compartir los triunfos de nuestros hijos y regocijarnos junto con ellos en sus éxitos. Pero debemos tener cuidado

de dirigir nuestro reconocimiento específicamente hacia ellos como individuos, haciéndoles saber cuando estamos contentos con ellos. Esto refuerza su confianza de que pueden complacernos tanto a nosotros como a Dios. Así, se sienten apreciados y aceptados, y eso les da confianza en su futuro y seguridad en su propia identidad personal. Entonces estarán más dispuestos a tener confianza en nosotros sus padres y a devolvernos el honor que cumple con el quinto mandamiento. Ese es el comienzo de la relación sana y positiva que ellos podrán tener con los demás, y especialmente con Dios.

Honrar a nuestros padres como adultos

Dar honra a nuestros padres no termina cuando llegamos a la edad adulta. Es un mandamiento para toda la vida. Esto quiere decir que nosotros debemos proporcionarles los cuidados físicos y la ayuda material que en algún momento puedan llegar a necesitar por razón de su edad avanzada.

Jesús reprendió severamente a algunos que no estaban cuidando de sus padres como debían: “Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o a la madre: Es Corbán (que quiere decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido . . .” (Marcos 7:9-13).

Honrar a los abuelos

Ni nosotros ni nuestros hijos debemos olvidarnos de honrar a nuestros abuelos. Ellos han sido parte muy importante de nuestra vida, y la mayoría de los abuelos aman a sus nietos y se preocupan profundamente por ellos.

Debemos procurar ocasiones en que podamos estar con ellos para platicar y hacerles preguntas. Las conversaciones con ellos son como un tesoro porque nos ayudan a entender y apreciar mejor nuestros orígenes. Los abuelos se sienten muy felices cuando los nietos les muestran interés. Los que aman y honran a sus abuelos pueden entender y conocer mejor a la gente y la vida misma.

Cosechar los beneficios

Cuando Moisés repasó los mandamientos con el pueblo de Israel, al llegar al quinto mencionó otra bendición, además de la prolongación

¿Cómo debemos tratar a los padres que son difíciles de honrar?

Es triste decirlo, pero hay padres o abuelos que no son honorables, y no es fácil respetar a personas cuya conducta no es honorable. Por ejemplo, a quienes han sido víctimas de un constante abuso verbal o físico, o que fueron abusados sexualmente, les puede resultar casi imposible honrar al padre o madre culpable. En el quinto mandamiento Dios no exige que los hijos o nietos de tales personas continúen sometiéndose a semejantes abusos.

No obstante, debemos honrar a nuestros progenitores. ¿Cómo podemos honrar a padres o abuelos cuyo comportamiento no es digno de admiración?

En primer lugar es necesario considerar nuestra actitud. Jesús nos dice que debemos amar y orar incluso por nuestros enemigos (Mateo 5:44-45). Esto se aplica también a los padres que han sido abusivos o cuyo ejemplo no podemos respetar. No debemos guardar resentimiento ni sentir

rencor hacia ellos; sin embargo, debemos rechazar firmemente su forma errónea de vivir. Debemos despreciar su conducta pecaminosa, mas no a ellos como personas. Hasta ahí es donde Dios espera que cumplamos en ese aspecto, y nos bendice por ello.

Además, cuando tengamos oportunidad de conversar con nuestros padres o abuelos, o cuando hablemos acerca de ellos, no debemos hacer comentarios despectivos sino tratarlos con cortesía y respeto (Mateo 7:12). Debemos orar para que Dios les ayude a entender lo equivocado de sus caminos de manera que puedan reconciliarse con él y, por medio de él, con nosotros.

Por último, debemos vivir nuestras vidas en la forma que los honre por medio del ejemplo que demos como hijos e hijas suyos. Nuestro comportamiento digno y honorable puede traerles el honor que ellos mismos nunca se han ganado. □

de la vida: “Honra a tu padre y a tu madre, como el Eterno tu Dios te ha mandado, para que sean prolongados tus días, y *para que te vaya bien* sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da” (Deuteronomio 5:16).

Somos nosotros, los hijos, los beneficiados cuando honramos a nuestros padres. Este es el mandamiento que contiene la hermosa promesa de que tendremos una mejor vida con sólo obedecerlo.

La familia es la base de la sociedad. Las familias sanas y estrechamente unidas forman sociedades y naciones fuertes. Los periódicos informan diariamente los tristes resultados cuando en las familias no hay unidad, respeto y amor. Cualquier persona o grupo de personas—incluso una nación entera— que entiende la importancia de una familia estrechamente unida, y que se guía por firmes principios morales, mejorará su relación con Dios y recibirá grandes bendiciones.

El sexto mandamiento:

La vida es un don precioso

“No matarás” (Éxodo 20:13).

¿Qué es lo que hace preciosa la vida humana? Considerémoslo desde la perspectiva de Dios. Él nos hizo a su imagen con el propósito de crear en nosotros su propio carácter. Por eso él no quiere “que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9; comparar 1 Timoteo 2:4). Jesús mismo dijo: “No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17).

Sin embargo, en el mundo en que vivimos frecuentemente vemos que la vida humana carece de valor. Zanjamos nuestras dificultades o diferencias con guerras, privando de la vida a cientos de miles de personas. Los criminales no sólo roban pertenencias sino, muchas veces, también las vidas de sus víctimas. Millones de abortos son provocados año tras año, porque son muchas las personas que consideran un embarazo no deseado simplemente como un inconveniente o una consecuencia inesperada de sus actividades sexuales.

Qué contraste tan marcado con nuestro Creador, quien nos promete la dádiva más grande que sea posible: la oportunidad de compartir la vida eterna con él.

Por lo general, lo primero que se menciona en los noticieros de la radio o la televisión es el asesinato del día, particularmente en las ciudades

grandes. Muchos de esos crímenes son cometidos por un miembro de la familia, un amigo o un conocido de la víctima.

La violencia en las calles y las luchas entre pandillas, que han causado la muerte de tantas víctimas inocentes, han llenado de miedo a muchos barrios y comunidades enteras. Los homicidios relacionados con el narcotráfico y otros crímenes son cosa de todos los días. Miles de personas en todo el mundo son asesinadas por motivos políticos o ideológicos. El asesinato es algo que, directa o indirectamente, afecta la vida de casi todos los seres humanos.

En las sociedades supuestamente ilustradas, la televisión y las películas bombardean al público con asesinatos y verdaderas carnicerías. La violencia se encuentra tan complejamente entretejida con la sociedad que hasta la ensalzamos en nuestra literatura y diversiones.

Resulta irónico, y casi podríamos decir que risible si no fuera por lo trágico, que a pesar de nuestra aparente fascinación por el crimen, seguimos el ejemplo de la mayoría de los pueblos a lo largo de la historia y creamos leyes estrictas en contra de éste. En realidad, es muy rara la persona que pueda pensar que el crimen o el asesinato no son malos en su comunidad.

No obstante, otros aspectos que tienen que ver con el valor y la santidad de la vida humana tienden a provocar controversias, particularmente cuando se trata de la ejecución de criminales. ¿Acaso la pena capital es lo mismo que el asesinato? ¿Quebranta esto el sexto mandamiento?

El quid del asunto

El meollo de estas preguntas se encuentra en otras: ¿Quién tiene la autoridad de disponer de la vida humana? ¿Quién tiene el derecho de tomar esa decisión?

El sexto mandamiento no podría ser más claro. Dice sencillamente: “No matarás”. Uno no debe matar deliberadamente, ya sea en forma premeditada o en un acceso de ira.

Debemos controlar nuestras emociones e impulsos. No tenemos ningún derecho de quitarle la vida a otra persona; Dios se ha reservado ese derecho sólo para sí. Ese es el mensaje de este mandamiento. Dios no permite que nosotros, en forma voluntaria o deliberada, le quitemos la vida a otra persona. El sexto mandamiento nos recuerda

que Dios es el dador de la vida, y que sólo él tiene la autoridad para quitarla o permitir que los humanos la quiten.

El sexto mandamiento no se aplica específicamente al homicidio involuntario: la muerte causada accidentalmente por un descuido o algún otro acto involuntario. Tales muertes, aunque son actos graves, no son consideradas —ni por Dios ni por los hombres— en la misma categoría que el homicidio premeditado.

La justicia y la misericordia

Dios es especialmente misericordioso con los que se arrepienten: “Vivo yo, dice el Eterno el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?” (Ezequiel 33:11). Así es cómo piensa Dios, y así es cómo quiere que pensemos nosotros.

En una ocasión, cuando ciertos judíos le trajeron a una mujer que había sido sorprendida en adulterio, ¿cuál fue la reacción del Hijo de Dios? Sus acusadores le hubieran dado muerte a pedradas si él hubiera estado de acuerdo con tal castigo, que era el que estipulaba la ley para esos casos. Sin embargo, aunque Jesucristo no le dio el visto bueno a la conducta pecaminosa de ella, sí la perdonó y le dijo: “Vete, y *no peques más*” (Juan 8:11). Él le tuvo misericordia y le dio oportunidad de que recapacitara y *cambiara su forma de vivir* para evitar el juicio venidero.

Finalmente, todos hemos de dar cuentas ante Dios. El apóstol Santiago nos advierte: “Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad” (Santiago 2:12). Llegará el momento en que todos habrán de ser juzgados por lo que hayan hecho, ya sea bueno o malo.

La misericordia de Dios —su perdón— está disponible para todos los pecadores, incluso los asesinos. Dios quiere perdonarnos, pero también exige que *nos arrepintamos*: que dejemos de quebrantar sus mandamientos y que nos volvamos a él con el corazón contrito y humillado. Luego debemos pedirle perdón y ser bautizados. El bautismo es un acto con el que mostramos que nuestro viejo yo ha muerto y ha sido sepultado en una tumba de agua junto con Cristo (Hechos 2:38; Romanos 6:4).

Uno de los hermosos ejemplos de la misericordia y el perdón de Dios es el llamamiento y la conversión de Saulo, el que vino a ser el

apóstol Pablo. Antes de su conversión, él había dado personalmente su voto para la ejecución de algunos cristianos (Hechos 26:10). Pero Dios lo perdonó, lo cual desde entonces vino a ser un ejemplo de la gran misericordia de Dios.

En 1 Timoteo 1:13-16, Pablo nos habla de sí mismo: “Habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador . . . fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús. Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna”.

¿Qué decir de la pena capital?

Dios permite que los gobiernos y autoridades constituidos impongan la pena de muerte para ciertos delitos. Este hecho no infringe el sexto mandamiento si en tales casos el gobierno sigue los principios de Dios.

Al darnos sus leyes, Dios nos ha revelado su juicio en este asunto. De antemano, él reveló las faltas o delitos que merecen la pena de muerte y estableció instrucciones terminantes para tales decisiones. Por ejemplo, la culpabilidad de un criminal debe ser corroborada sin lugar a dudas, con pruebas sólidas o testigos fidedignos, antes de que sea condenado.

El apóstol Pablo confirma la autoridad de los gobiernos para imponer la pena de muerte: “Los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo” (Romanos 13:3-4).

El deber cristiano

Jesucristo no abolió la ley como algunos creen, sino que más bien mostró la aplicación *espiritual* de la misma. Amplió los requisitos de la ley haciéndolos muchísimo más exigentes.

Veamos, por ejemplo, el mandamiento en contra del homicidio. Jesús dijo: “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedara expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:21-22).

En este pasaje Cristo amplió el significado de *asesinato* al incluir animadversión, desprecio u odio hacia otros. Simplemente el guardar malas actitudes hacia otros viola el propósito del sexto mandamiento. ¿Por qué? Porque el deseo de ver sufrir a nuestro prójimo es una guerra mental y emocional.

También es pecado usar palabras o decir cosas que lastimen emocionalmente a los demás. Cuando con lo que decimos o escribimos los atacamos verbalmente, herimos sus sentimientos, perjudicamos su respetabilidad y dañamos su reputación. Hay ocasiones en que podemos estar llenos de intenciones destructivas, todo lo opuesto del amor. El espíritu de homicidio puede albergarse en nuestros corazones, y Jesús nos advierte que tales pensamientos y acciones —si no nos arrepentimos de ellos— traerán como consecuencia nuestra muerte en el lago de fuego.

Por otra parte, no debemos tomar venganza de quienes tienen algún resentimiento contra nosotros o nos atacan verbalmente: “No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Romanos 12:17-19). Un cristiano siempre debe vivir conforme a los principios bíblicos, aun en tiempo de guerra.

Vencer el mal con el bien

Más adelante, en el versículo 21, se nos señala la actitud que debemos asumir cuando llegamos a tener algún deseo de vengarnos: “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”. Esta es la actitud que debe tener todo creyente en Jesucristo; es el amor que cumple con el propósito de la ley de Dios.

“Bienaventurados los pacificadores —nos dice Jesús— porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5:9). ¿Cómo podemos poner en

práctica este principio? “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos . . .” (vv. 43-45).

El propósito de Dios no es simplemente que nos abstengamos de cometer homicidio. Nos exige que ni siquiera de palabra o de pensamiento hagamos mal a ningún otro ser humano. Desea que seamos tan respetuosos como sea posible, incluso con quienes nos desprecien, y que hagamos todo lo que esté de nuestra parte para vivir en paz y en armonía con todos. Quiere que construyamos buenas relaciones, no que las destruyamos. Para lograr esto debemos respetar este maravilloso don de Dios: ¡la vida!

El séptimo mandamiento:

Salvaguardar el vínculo matrimonial

“No cometerás adulterio” (Éxodo 20:14).

El hombre y la mujer se necesitan mutuamente; fueron hechos para estar juntos. El matrimonio, la unión natural entre el hombre y la mujer, fue ordenado por Dios cuando los creó. Sus leyes —entre ellas el séptimo mandamiento— protegen la relación matrimonial, base del núcleo familiar, el cual a su vez es el fundamento y el elemento más importante de la sociedad humana.

Dios les dijo a nuestros primeros padres: “Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2:24). La instrucción de Dios estableció claramente lo que las generaciones futuras debieran aprender con respecto al matrimonio y las relaciones sexuales.

Cuando los hijos llegan a la edad suficiente para asumir la responsabilidad de una familia y encuentran a alguien del sexo opuesto a quien aman y honran, es natural y apropiado que se casen y formen su propia familia aparte de sus padres. Sólo entonces deben ser “una sola carne”, uniéndose físicamente en la relación sexual. Jesús claramente dijo que desde el principio el propósito de Dios fue que el matrimonio fuera una relación monógama y permanente (Mateo 19:3-6).

El propósito de Dios fue que el matrimonio y la relación sexual —en ese orden— existieran como grandes bendiciones para la humanidad.

Su potencial para el bien es tremendo. Pero los mismos deseos que unen al hombre y a la mujer en una relación natural y amorosa, la cual es una bendición divina, representan riesgos.

A menos que los deseos naturales que nos atraen hacia alguien del sexo opuesto sean controlados y dirigidos exclusivamente hacia una relación matrimonial amorosa, la tentación de caer en la inmoralidad sexual puede vencernos. El séptimo mandamiento, que dice: “No cometerás adulterio” (Éxodo 20:14), se dirige específicamente contra esta debilidad.

El adulterio es la violación del pacto matrimonial por una relación sexual voluntaria con otra persona que no sea el cónyuge de uno. Debido a que la ley de Dios autoriza la relación sexual sólo dentro del matrimonio, el mandamiento contra el adulterio abarca, en principio, cualquier acto de inmoralidad sexual. Fuera del matrimonio no debe haber *ninguna* forma de relación sexual. Este es el mensaje del séptimo mandamiento.

En casi todo el mundo, la inmoralidad sexual ya no se ve como un mal social significativo. No obstante, Dios categóricamente la condena en *cualquier* forma (Apocalipsis 21:8; 1 Corintios 6:9).

Necesitamos una guía en materia sexual

Dios nos dio el séptimo mandamiento para definir claramente y guiar la relación sexual para que produzca felicidad y estabilidad permanentes. Esta es una necesidad apremiante en la época actual.

Dios creó la sexualidad; fue idea suya. Contrario a lo que algunos han pensado desde hace mucho tiempo, él quiere que disfrutemos abundantemente de una relación sexual placentera y estable dentro del matrimonio. En ese aspecto, nuestra sexualidad es una de las formas en que podemos transmitir nuestro aprecio, ternura, admiración y amor por nuestro cónyuge. Es una gran ayuda a nuestro bienestar y contentamiento.

El gozo y la confianza que derivamos del uso correcto de la sexualidad puede influir positivamente en nuestra relación personal con otros, principalmente con nuestros hijos. Dios quiere que salvaguardemos y reforcemos el vínculo matrimonial.

Con respecto al matrimonio, Dios nos dice: “Disfruta de la vida con la esposa que amas, todos los días de tu vida fugaz que te son dados

debajo del sol; porque ésta es tu parte en la vida, y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol” (Eclesiastés 9:9, Nueva Reina-Valera).

Pero con respecto al adulterio nos advierte: “¿Y por qué, hijo mío, andarás ciego con la mujer ajena, y abrazarás el seno de la extraña? Porque los caminos del hombre están ante los ojos del Eterno, y él considera todas sus veredas. Prenderán al impío sus propias iniquidades, y retenido será con las cuerdas de su pecado” (Proverbios 5:20-22). Más adelante encontramos otra advertencia: “¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan? ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemem? Así es el que se llega a la mujer de su prójimo; no quedará impune ninguno que la tocara . . . Heridas y vergüenza hallará, y su afrenta nunca será borrada” (Proverbios 6:27-29, 33).

¿Son acaso estas advertencias sólo palabras sin sentido, expresiones poéticas de tiempos más puritanos? ¡No pensemos así! Más bien, reconozcamos los horribles estragos que en todo el mundo han causado las relaciones sexuales fuera del matrimonio.

Las consecuencias de este pecado

El daño que social y personalmente ha causado la inmoralidad sexual ha sido y es tan tremendamente grave que no se puede cuantificar lo que ha costado en angustia, sufrimiento y dolor. La mayoría sencillamente se niega a pensar en sus deplorables consecuencias.

Existen dos perspectivas que sobresalen. Muchos reclaman su derecho de hacer lo que a ellos les plazca: “Nadie me va a decir lo que tengo que hacer en mi vida personal”. Otros no quieren reconocer los efectos nocivos de ningún tipo de comportamiento: “No importa lo que yo haga, siempre y cuando no le haga daño a nadie”. La gente invoca estos argumentos para justificar cualquier clase de conducta sexual, por perversa que sea.

Ambas perspectivas pasan por alto una realidad básica: Que este pecado siempre hace daño, mucho daño. Al final de cuentas, la inmoralidad es una fuerza destructora. Como se dice en Proverbios 6:32: “El que comete adulterio es falto de entendimiento; corrompe su alma el que tal hace”. La primera consecuencia del adulterio es el daño que hace a nuestra mente y carácter.

Igualmente perjudicial es la degradación personal que proviene de la inmoralidad sexual. Puede negarse, pero no puede evitarse. A

los cristianos en la libertina ciudad de Corinto, el apóstol Pablo les ordenó: “Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca” (1 Corintios 6:18). Estas advertencias se aplican tanto a los hombres como a las mujeres, ya que “Dios no hace acepción de personas” (Hechos 10:34).

Pensemos en las desastrosas consecuencias de la revolución sexual. La explosión que ha habido en las enfermedades venéreas, que se transmiten por contacto sexual, es una desgracia de proporciones mundiales. Por sí sólo, el sida ha causado tanto sufrimiento y ha costado tantas vidas que rivaliza con las epidemias más mortíferas de toda la historia. Los tratamientos y la investigación médica son muy costosos. Lo irónico es que todo esto resulta infructuoso debido a que tales enfermedades se propagan casi exclusivamente por la promiscuidad y las costumbres perversas.

El desmoronamiento del sentido de la responsabilidad hacia el matrimonio y la familia, así como la falta de lealtad y dedicación hacia el cónyuge, han contribuido grandemente a un constante aumento en las aventuras ilícitas. Cada día crece el número de personas que han adoptado la costumbre de llevar sólo una relación casual, no un compromiso matrimonial. Como la nuestra es una sociedad de “desechables”, continuamente son desechadas las relaciones sanas y lícitas.

En nuestra sociedad obsesionada con la sexualidad, los más perjudicados son los hijos. Cada vez reciben menos guía de los padres. En muchos casos los padres pasan apenas unos pocos minutos por día con sus hijos. No debe, pues, sorprendernos que la subcultura de niños despreciados y abandonados está creciendo constantemente. Nuestra sociedad está perdiendo de vista lo que en realidad es la familia.

El costo en hogares deshechos

Otra de las horribles consecuencias del libertinaje sexual es el tremendo número de hogares deshechos. Éstos, a su vez, son causa de otro tipo de tragedias. La mayoría de los que sufren privaciones económicas viven con sólo uno de los padres. Tales hogares son uno de los factores principales en la conducta delictiva de los jóvenes. Los hogares rotos son el resultado principal de la inmoralidad sexual y de los matrimonios que han fracasado debido a la infidelidad conyugal.

A esto tenemos que agregar los abrumadores gastos legales, la disminuida productividad y la reducción de ingresos, sin mencionar la frecuente pérdida de vivienda y propiedad personal. Estos factores llevan a mucha gente a la miseria, en particular a las madres solteras con niños pequeños. El problema se agrava y se perpetúa cuando algunos de estos niños crecen sin la preparación necesaria para conseguir un empleo adecuado.

El divorcio causa problemas más profundos aún. En algunos casos, la lucha por la custodia de los hijos se prolonga por años. Los niños vienen a encontrarse en una situación de estira y afloja entre los padres, careciendo del amor y el apoyo que debieran recibir constantemente de ellos. En tales circunstancias los niños no pueden concentrarse en sus estudios, por lo que sus calificaciones bajan, y no son pocos los que abandonan los estudios. Los adolescentes, a su vez, se convierten en padres y el ciclo se perpetúa.

El costo psicológico

Mucho antes del divorcio mismo, el cónyuge infiel causa gran daño emocional y psicológico en su pareja y en sus hijos. Para muchos de ellos, la decepción, la vergüenza y la pérdida del amor propio son permanentes. En tales circunstancias, un hogar no puede ya proporcionar el calor, la estabilidad y la seguridad que generan confianza y esperanza. La falta de esperanza da lugar a los suicidios que, con excepción de los accidentes, son la causa principal de la muerte entre adolescentes y adultos jóvenes. Tales tragedias aún pueden ocurrir años después de que fueron sembradas las semillas de la desesperanza.

Es impresionante el costo psicológico de la traición, el rechazo y el abandono. Millones de personas están sumidas en la ira, depresión y amargura debido a que la confianza en el ser amado —uno de los cónyuges o de los padres— ha sido traicionada. Muchas de estas personas quedan traumatizadas de por vida. Algunas buscan consejo, pero otras sólo procuran vengarse.

Los problemas son incontables. ¿Quién dijo que no se lastima a nadie? El adulterio y la promiscuidad son sinónimos de la desgracia social. El costo real de la inmoralidad sexual es astronómico; es un costo que han estado pagando miles de millones de seres humanos desde tiempo inmemorial.

El adulterio empieza en la mente

La concupiscencia o codicia es una afición desordenada e ilícita a los placeres materiales, sobre todo los sexuales, y es algo que la Biblia denuncia en forma tajante. El apóstol Pedro declaró: “Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías” (1 Pedro 4:3).

Los pensamientos de codicia son el comienzo del adulterio y la inmoralidad: “Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:27-28).

Contrario a lo que muchos piensan, las fantasías sexuales ¡sí son perjudiciales en gran manera! Como bien lo explicó el apóstol Santiago, nuestros hechos se originan en nuestros pensamientos, en los deseos que giran en nuestra mente: “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Santiago 1:14-15). Los ensueños de relaciones sexuales ilícitas nos hacen particularmente vulnerables al hecho real. No nos engañemos: Las oportunidades para pecar se presentarán. Tenemos que hacer caso a la advertencia de Jesucristo de que el adulterio empieza en la mente.

El apóstol Juan escribió: “Todo lo que hay en el mundo, los deseos [codicia] de la carne, los deseos [codicia] de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:16-17).

No todo tipo de atracción es codicia

También es importante que tengamos cuidado de no tergiversar lo que dijo Jesús acerca de la codicia. De hacerlo así, podríamos tener una perspectiva bastante equivocada hacia otros aspectos que en forma natural preceden al noviazgo y luego al matrimonio.

En las Escrituras, Dios nos muestra su aprobación por la atracción sexual lícita que forma la base del noviazgo y el matrimonio apropiados, pues él mismo puso estos deseos en el hombre y en la mujer. Lo

que Jesús condenó fueron los pensamientos y la conducta *pecaminosos*, no el legítimo deseo de casarse y desarrollar la relación apropiada con alguien del sexo opuesto. Tampoco prohibió que se reconociera que es atractiva una persona del sexo opuesto. No obstante, sí condenó la codicia sexual: disfrutar mentalmente de una relación inmoral.

Podemos controlar los deseos sensuales reemplazándolos con el cuidado desinteresado por otras personas. Desde luego, este tipo de amor es una dádiva de Dios y sólo podemos expresarlo conforme su Espíritu obra en nosotros (Romanos 5:5; Gálatas 5:22).

Cómo tratar con el pecado sexual

Debido al predominio de la promiscuidad, son pocas las personas que pueden empezar su relación con Dios sin haber cometido algún pecado sexual. Es muy importante que entendamos correctamente cómo ve Dios nuestro pasado, a fin de que podamos tener una relación correcta con él.

Debemos entender que Dios es misericordioso, que no se complace en castigarnos por nuestros pecados. Él prefiere ayudarnos para que *cambie*mos completamente nuestro modo de vivir. Está deseoso de compartir con nosotros la vida eterna en su reino (Lucas 12:32), y se regocija cuando nos arrepentimos y empezamos a vivir conforme a su ley de amor y libertad (Lucas 15:1-32; Ezequiel 33:11; Santiago 2:8, 12).

Cuando trajeron ante Jesús a cierta mujer que fue sorprendida en adulterio, él no aprobó el pecado de ella, pero tampoco la condenó; sólo le dijo: “Vete, y *no peques más*” (Juan 8:11). El rey David nos dice que Dios es “misericordioso y clemente . . . lento para la ira, y grande en misericordia” (Salmos 103:8). Uno de los apóstoles nos dice que “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

¿Qué medidas debemos tomar para cambiar nuestro comportamiento? En el libro de los Salmos se nos ofrece este consejo: “¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra. Con todo mi corazón te he buscado; no me dejes desviarme de tus mandamientos. En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmos 119:9-11). Estas palabras son válidas para todos los tiempos.

Podemos ver, entonces, que no es suficiente el simple remordimiento por lo que hemos hecho. Dios quiere que estudiemos detenidamente

su Palabra para que aprendamos sus caminos. Luego, cuando sinceramente empezamos a cambiar nuestro modo de vivir —cuando nos arrepentimos— podemos recibir esta promesa: “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).

La estabilidad en el matrimonio

Una de las grandes bendiciones de un matrimonio amoroso y estable es el compañerismo. Dios reconoció esto cuando nos creó: “Dijo el Eterno Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Génesis 2:18).

La mayoría de nosotros necesitamos el apoyo y el compañerismo de un cónyuge amoroso. Necesitamos alguien especial que pueda compartir nuestras altas y bajas, nuestros triunfos y fracasos, y nadie puede hacerlo como un cónyuge que comparta con nosotros un amor y un compromiso profundos. “Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante” (Eclesiastés 4:9-10).

La sociedad sufre porque nos hemos apartado del propósito que Dios ha tenido para el matrimonio desde el principio. El matrimonio no es un requisito para servir y agradar a Dios, pero es una gran bendición para las parejas que se tratan como Dios lo propuso desde el principio. La mayoría de los seres humanos desean y necesitan los beneficios que provienen de un matrimonio estable y amoroso.

Para volver al propósito de Dios, tenemos que darle al matrimonio el respeto que merece. Debemos obedecer fielmente el mandamiento de nuestro Creador: “No cometerás adulterio”.

El octavo mandamiento:

Dar en vez de obtener

“No hurtarás” (Éxodo 20:15).

El octavo mandamiento, el cual prohíbe robar, nos hace reflexionar acerca de dos formas opuestas de pensar y de vivir. La actitud egoísta que hace hincapié en quitar y obtener prevalece por doquier, pero la actitud del dar es la que refleja el amor que Dios tiene para cada uno de nosotros.

El robo es la manifestación más obvia de la avaricia y la codicia. Es un acto en el que se destaca la obtención de cosas materiales e intangibles sin consideración alguna por los derechos o sentimientos de los demás. Burlándose de los convencionalismos y límites establecidos por la sociedad y por Dios, el ladrón es la personificación misma del egoísmo.

El aspecto espiritual de la prohibición del hurto nos dice dónde empieza la lucha contra el egoísmo. Se inicia cuando aprendemos a respetar los derechos y las necesidades de los demás.

El derecho de propiedad

El octavo mandamiento garantiza el derecho que todos tenemos de adquirir y poseer algo en forma legítima y legal. Dios quiere que ese derecho se respete y se proteja.

Su perspectiva de las posesiones materiales es equilibrada. Él quiere que prosperemos y disfrutemos de las bendiciones físicas (3 Juan 2). También espera que utilicemos con sabiduría todo lo que él nos da. No quiere que las posesiones materiales sean lo más importante en nuestra vida (Mateo 6:25-33). Dios se agrada de que prosperemos

cuando utilizamos las bendiciones materiales como un medio para lograr propósitos más importantes.

Para Dios es muy importante que la motivación de nuestras decisiones sea la generosidad y no la avaricia. Debido a que el dar y servir son cualidades de su propio carácter, él requiere que nosotros, de corazón, demos y sirvamos en lugar de procurar posesiones o lujos para nosotros mismos.

Dios ama al dador alegre

Jesús se refirió a este asunto cuando habló de ayudar a alguien que necesita un préstamo: “A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo [quizá dinero prestado a los pobres], no pidas que te lo devuelva. Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos . . . Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores para recibir otro tanto. Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos” (Lucas 6:30-35).

Basando lo que viene en seguida en lo que nos dijo acerca de ser generosos en lugar de egoístas, Jesús continuó: “Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (v. 38).

Dios está deseoso de ser nuestro socio en el servicio a los demás si cambiamos la avaricia por una actitud sincera de servir. Él mira el grado de intensidad de nuestra entrega al principio del dar.

El apóstol Pablo lo expresa muy claramente en 2 Corintios 9:7-8: “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque *Dios ama al dador alegre*. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia [su favor], a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra”.

Dios se goza cuando ve que nosotros, sin descuidar las necesidades de nuestra familia (1 Timoteo 5:8), servimos y ayudamos a otros con cualquier abundancia con que él nos haya bendecido. De esta manera le demostramos que estamos empezando a entender y a seguir su camino de vida.

Cómo cambiar el corazón de un ladrón

¿Cómo se relaciona todo esto con el mandamiento de no hurtar? En Efesios 4:28 el apóstol Pablo nos da la respuesta: “El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad”.

Para agradar a Dios, un ladrón debe ir más allá de simplemente dejar de cometer latrocinio. En cierta ocasión, alguien comentó sabiamente: “Un ladrón que ha dejado de robar aún puede seguir siendo ladrón en su corazón; sólo está temporalmente sin empleo. Realmente deja de ser ladrón sólo cuando sustituye el robar con el dar”.

El ladrón tiene que cambiar su corazón, sus conceptos y su modo de obrar.

Otras formas de hurto

Tomar directamente las pertenencias de otra persona no es la única forma de hurtar. Los estafadores se valen de sutilezas artificiosas para timar a sus víctimas. Lo mismo hace la publicidad engañosa. Los fabricantes que les atribuyen a sus productos una calidad que no tienen, estafan a sus clientes. Los trabajadores que cobran por más horas de las que trabajan o que cobran más de lo que valen sus servicios, están robándoles a quienes los contratan.

Además, los que piden algo “prestado” y nunca lo devuelven, ¿no están robando también? Existen tantas formas de tomar lo que no es nuestro que debemos estar siempre vigilantes. Podríamos estar quebrantando el mandamiento de Dios contra el hurto sin darnos cuenta.

Los empleados que cobran su salario sin haber hecho el trabajo que debieran, están robando a sus empleadores. Aquellos que se agradan de consumir lo que otros producen, sin hacer su parte en el trabajo y en la responsabilidad que les corresponde en la producción de bienes y servicios, cometen otra forma de hurto. Éstos se aprovechan de lo que otros producen, pero contribuyen con muy poco o con nada; es decir, toman para sí pero dan muy poco o nada a cambio.

Leamos la parábola de Jesús sobre la persona que no cumple con su obligación personal: “Llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y

escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí” (Mateo 25:24-26). Esta persona sabía que su obligación era producir para su amo, pero debido a su punto de vista erróneo, voluntariamente decidió ser improductivo. Conocía las reglas y cuáles eran sus deberes, de manera que no tenía excusa para su conducta irresponsable.

La parábola continúa: “Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos” (vv. 27-28).

El amo de este siervo lo llamó “malo y negligente”. En su interior no era menos que un ladrón. Por tanto, su amo le dio su recompensa a otro quien sí había trabajado lo suficiente para beneficiar a otros. Jesús se valió de esta parábola para mostrarnos que Dios no se agrada del egoísmo o de que alguien tenga lástima de sí mismo.

¿Podemos robarle a Dios?

En la Biblia podemos encontrar otra forma de hurto. La Escritura nos da ejemplos de cómo los siervos fieles de Dios siempre han reconocido quién es en realidad dueño de todo: el Dios creador. Uno de éstos es el patriarca Abraham, quien honró a Dios dándole el diezmo del botín de guerra (Génesis 14:20). Luego Jacob, el nieto de Abraham, hizo voto de apartar para Dios el diezmo de todo lo que éste le diera (Génesis 28:20-22). Más tarde, en el pacto que Dios hizo con el antiguo Israel, ordenó que “el diezmo de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles . . . Y todo diezmo de vacas o de ovejas, de todo lo que pasa bajo la vara, el diezmo será consagrado al Eterno” (Levítico 27:30, 32). El diezmo fue entregado a la tribu de Leví: “He aquí, he dado a los hijos de Leví todos los diezmos de Israel, como heredad, a cambio del servicio que llevan a cabo en el tabernáculo de reunión . . . Ellos no poseerán heredad entre los hijos de Israel, porque he dado a los levitas por heredad los diezmos, lo que los hijos de Israel presenten al Eterno como ofrenda alzada. Por eso les he dicho: ‘No recibirán heredad entre los hijos de Israel’” (Números 18:21, 23-24, Reina-Valera Actualizada).

Sobra decir que esta costumbre de diezmar (dar una décima parte) nunca ha sido del agrado de la inmensa mayoría de la gente. Se requiere

fe de que Dios suplirá con abundancia las necesidades de quienes cumplan con esta ordenanza.

Para el año 721 a.C., la desobediencia a las leyes de Dios en el antiguo reino de Israel (que constaba de 10 tribus) estaba tan generalizada que la nación fue llevada en cautiverio por los asirios, quedando sólo el reino de Judá (compuesto de las tribus de Judá y Benjamín, y algunos levitas). Luego Judá siguió igualmente ese camino de desobediencia y también fue llevado cautivo a Babilonia en el año 587 a.C.

Casi un siglo después, regresó un grupo pequeño de judíos a Jerusalén y emprendieron la reconstrucción de la ciudad y del templo bajo la dirección de Esdras y Nehemías. Pero su lealtad hacia Dios pronto empezó a decaer, tal como había sucedido antes de su cautiverio. Por medio del profeta Malaquías, Dios reprendió duramente a los sacerdotes por su corrupción y negligencia en la enseñanza de sus leyes (Malaquías 2:7-9).

Asimismo, le reprochó a la gente por quedarse con el diezmo que era de él: “¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. Malditos sois con maldición, porque vosotros, la nación toda, me habéis robado” (Malaquías 3:8-9).

En ese tiempo, los dirigentes judíos, con el propósito de evitar la desobediencia de la nación, establecieron reglas minuciosas para obligar a todos a cumplir con la ley. Los aspectos físicos de estas reglas eran rigurosos, pero en el aspecto espiritual de la ley mucha gente seguía siendo muy negligente.

En el tiempo de Jesucristo, él los amonestó por no tener bien el orden de prelación de las cosas. Estuvo de acuerdo con que continuaran observando los aspectos físicos de la ley y el pago del diezmo, pero les reprochó por no hacer hincapié en los aspectos espirituales de la misma: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello” (Mateo 23:23). Jesús les dijo que debían hacer *ambas* cosas: cumplir con la ley del diezmo y practicar la justicia, la misericordia y la fe. Él apoyó la práctica de pagar el diezmo, devolverle a Dios una parte de lo que él nos da. Jesús dijo: “Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Marcos 12:17).

Consideremos el futuro

Dios quiere que tengamos confianza en el futuro. Su Palabra está llena de promesas relacionadas con nuestro futuro en el Reino de Dios. Si creemos en esas promesas, emplearemos nuestro tiempo y energía en adquirir una abundancia de tesoros espirituales que nos durarán para siempre, tesoros que ningún ladrón puede quitarnos.

Este es el consejo que Jesucristo nos da: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan” (Mateo 6:19-20).

Necesitamos entender los principios que verdaderamente definen el bien y el mal, y debemos aplicarlos en la vida. Necesitamos esforzarnos en desarrollar un carácter justo y recto, porque éste perdurará más allá de la vida física. El meollo de todo es el amor. El amor que proviene de Dios vence el deseo de hurtar.

El noveno mandamiento:

La verdad como modo de ser

*“No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”
(Éxodo 20:16).*

¿Cuán importante es la verdad? Para poder valorar el noveno mandamiento, que prohíbe la mentira, es necesario que nos demos cuenta de la trascendencia que tiene este asunto a los ojos de Dios.

¿Qué nos dicen las Escrituras acerca de Dios, su Palabra y la verdad? Repasemos algunos versículos: “Toda palabra de Dios es limpia” (Proverbios 30:5). El profeta Daniel se refiere a la Palabra de Dios como “el libro de la verdad” (Daniel 10:21). Orando al Padre, Jesucristo dijo: “Tu palabra es verdad” (Juan 17:17).

La Biblia nos enseña que “Dios no es hombre, para que mienta” (Números 23:19). En Deuteronomio 32:4 se nos dice que debido a que todos sus caminos son rectitud, él es un “Dios de verdad”. El salmista declaró: “La suma de tu palabra es verdad” y que Dios “guarda verdad para siempre” (Salmos 119:160; 146:6).

Dios, como la fuente de la verdad, exige que sus siervos hablen siempre con la verdad. Bajo su inspiración, el rey David escribió: “Eterno, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino . . . el que aun jurando

en daño suyo, no por eso cambia” (Salmos 15:1-4). Dios quiere que en todos los aspectos de nuestra vida *rebose* la verdad.

Cristo y la verdad

Cuando Jesucristo retorne para reinar sobre todas las naciones, restaurará la verdad como parte de la vida diaria: “Así dice el Eterno: Yo he restaurado a Sion, y moraré en medio de Jerusalén; y Jerusalén se llamará Ciudad de la Verdad, y el monte del Eterno de los ejércitos, Monte de Santidad” (Zacarías 8:3).

En Salmos 85:9-13 podemos ver cómo Dios hará hincapié en la verdad y la justicia cuando Jesucristo venga a establecer su reino: “Ciertamente cercana está su salvación a los que le temen, para que habite la gloria en nuestra tierra. La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron. La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde los cielos. El Eterno dará también el bien, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia irá delante de él, y sus pasos nos pondrá por camino”.

En ese tiempo Cristo insistirá en que todos sigan su ejemplo aceptando, creyendo y hablando la verdad.

La verdad en nuestra relación con Cristo

Nuestra relación personal con Dios por medio de su Hijo Jesucristo empieza cuando aceptamos la Palabra de Dios por lo que es: la verdad, y nos sometemos a los preceptos que en ella se exponen: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Efesios 1:13).

Cuando Jesús fue llevado para ser juzgado, poco antes de su crucifixión, el gobernador romano Pilato le preguntó si realmente era rey. Jesús le respondió resumiendo brevemente cuál era su misión y quiénes entenderían su mensaje: “Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz” (Juan 18:37).

El carácter de Jesucristo era —y es— un reflejo perfecto del carácter de nuestro Padre celestial, el Dios de la verdad. En respuesta a uno de sus discípulos, Jesús le dijo: “Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). A los que somos

sus discípulos se nos aconseja que, “siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4:15). Y en Colosenses 3:9 leemos esta exhortación: “No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos”.

Para ser discípulos de Cristo debemos estar dispuestos a seguir y hablar continuamente con la verdad, demostrando así la sinceridad de nuestro amor hacia los demás. También debemos aceptar y obedecer, como “el camino de la verdad”, los mandamientos y enseñanzas de Dios (Salmos 119:30, 151, 160). En 1 Samuel 12:24 se nos dice: “Solamente temed al Eterno y servidle de verdad con todo vuestro corazón, pues considerad cuán grandes cosas ha hecho por vosotros”.

La mentira se encuentra por doquier

Hoy en día es casi imposible estar seguro de quién está diciendo la verdad, si es que alguien la dice. Tal parece que a la mayoría de la gente no le importa correr el riesgo de ser sorprendida en la mentira, con tal de obtener los supuestos beneficios de la misma.

Todos hemos visto cómo algunas empresas, al anunciar sus productos, demuestran una asombrosa creatividad para disfrazar el engaño. Casi en todas partes podemos encontrar individuos, negocios u otras organizaciones envueltos en el juego siniestro de ver hasta dónde pueden llegar con sus engaños sin ser demandados judicialmente o ahuyentar a posibles compradores.

La mentira ha sido aceptada como un modo de vida. La descripción que el profeta Isaías hizo del antiguo Israel también representa muy acertadamente nuestro mundo: “No hay quien clame por la justicia, ni quien juzgue por la verdad; confían en vanidad, y hablan vanidades; conciben maldades, y dan a luz iniquidad” (Isaías 59:4).

¿Cómo veía Dios el constante mentir de los israelitas? “Les dirás, por tanto: Esta es la nación que no escuchó la voz del Eterno su Dios, ni admitió corrección; pereció la verdad, y de la boca de ellos fue cortada” (Jeremías 7:28).

Ahora, como entonces, la gente continuamente se vale del engaño en sus relaciones, ya sean personales, sociales, políticas, religiosas o comerciales. La falta de honradez es tan aceptada por doquier que ya ni la censura pública les preocupa a los mentirosos. La decisión de hablar siempre la verdad tiene que salir de dentro de la persona.

¿Decimos siempre la verdad?

Ahora viene la pregunta importante para cada uno de nosotros personalmente: ¿Mentimos? Quizá sería más amable preguntar: ¿Cuán importante es para nosotros ser veraces? O, invirtiendo los términos: ¿Nos resulta repugnante la mentira? Estas preguntas son decisivas. Cada uno de nosotros necesita contestárselas fielmente.

Nunca faltan las oportunidades para mentir. Esta puede parecer una forma muy fácil de salir de alguna situación vergonzosa, de miedo o de culpabilidad. Sin embargo, en la Biblia se nos dice: “Los labios mentirosos son abominación al Eterno, pero le agradan los que actúan con verdad” (Proverbios 12:22, Reina-Valera Actualizada).

Nosotros nos enfrentamos a una decisión básica: ¿Seguiremos el ejemplo de veracidad y honradez de Dios en nuestros hechos y palabras, o seguiremos el ejemplo del iniciador de la mentira? Jesús nos dice que Satanás “es mentiroso, y padre de mentira” (Juan 8:44). Él engañó a Eva, luego ella convenció a Adán para que comieran del fruto prohibido (Génesis 3:1-6, 17); esta desobediencia fue lo que acarreó el sufrimiento y la muerte de nuestros primeros padres. Desde entonces el diablo no ha cesado de engañar a toda la humanidad. La malvada influencia de Satanás es tan penetrante que “engaña al mundo entero” (Apocalipsis 12:9). Para todos nosotros es muy fácil seguir su ejemplo en nuestro trato con los demás, sobre todo cuando mentir es una costumbre tan común en la sociedad que nos rodea.

La naturaleza humana es engañosa

Para aprender a ser firme y constantemente veraz, se requiere de dominio propio y valor, así como de un vínculo estrecho con Dios, la verdadera fuente de nuestra firmeza y constancia.

Muchas veces hacemos cosas que sabemos que no son correctas. ¿Por qué, entonces, las hacemos? El profeta Jeremías nos da la respuesta: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo el Eterno, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras” (Jeremías 17:9-10).

Dios entiende nuestra naturaleza y nos revela cómo combatirla. Jesús mismo explicó que, aun en el caso de que estemos dispuestos

a obedecer, nuestra carne es débil (Marcos 14:38). Carecemos de la decisión y la firmeza de carácter para resistir las tentaciones. ¿Cómo, entonces, podemos eliminar esta debilidad?

Dios, por medio del apóstol Pablo, nos explica la causa y la solución de este problema de todos los seres humanos. Poniéndose a sí mismo como ejemplo, Pablo describe esta lucha perenne: “Sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (Romanos 7:14-15).

Ciertamente podemos identificarnos con Pablo. Nosotros hemos experimentado la misma frustración y remordimiento. Un poco más adelante nos dice: “Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?” (vv. 22-24).

Cómo vencer el engaño

Cuando Jesucristo fue traicionado, uno de los discípulos, Pedro, mintió, negando tres veces conocerlo (Mateo 26:69-74). Al igual que Pedro, para la mayoría de la gente es casi imposible dejar todas las formas de engaño hasta que someten sus vidas a Dios y empiezan a buscar sinceramente su ayuda. Esa ayuda está disponible, “porque Dios es el que en vosotros produce así el *querer* como el *hacer*, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

Nosotros tenemos que pedir esa ayuda, y ¿cómo podemos obtenerla? En Hebreos 4:14-16 se nos dice: “Teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”.

La solución a tan insidiosa y penetrante debilidad humana no está lejos de nosotros. En Efesios 4:24-25 el apóstol Pablo exhorta a los cristianos con estas palabras: “Vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la

mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros”.

El camino de la verdad

Aquellos que voluntariamente creen y obedecen la verdad de Dios —una vez que se han arrepentido de sus pecados, han sido bautizados y han recibido el Espíritu Santo— llegan a ser miembros del Cuerpo de Cristo, la iglesia que él fundó (Efesios 1:22-23; Colosenses 1:18). A éstos Jesús les llama “la luz del mundo” (Mateo 5:14); son los que siguen “el camino de la verdad” (2 Pedro 2:2).

A la Iglesia de Dios, el apóstol Pablo la llama “columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3:15). Sus miembros son los siervos del “Dios vivo y verdadero” (1 Tesalonicenses 1:9). La iglesia, la cual “usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15), fue comisionada por Jesucristo para predicar “la verdad del evangelio” al mundo entero (Gálatas 2:5; Mateo 28:19).

Todo en la vida de un cristiano está cimentado en la verdad. Dios quiere que nosotros, como hijos suyos, reflejemos la verdad en todo lo que hacemos. Es por eso que nos manda: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio” (Éxodo 20:16).

El décimo mandamiento:

La justicia verdadera sale del corazón

“No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo” (Éxodo 20:17).

El último de los Diez Mandamientos apunta directamente al corazón y a la mente de cada ser humano. Al prohibir la codicia, no se refiere tanto a lo que debemos *hacer* sino a cómo debemos *pensar*. De hecho, nos exige que miremos muy dentro de nosotros mismos para que podamos ver cómo somos realmente.

Este precepto, lo mismo que los otros nueve, tiene que ver con la forma en que nos relacionamos con otras personas. Específicamente, tiene que ver con los pensamientos que amenazan esas relaciones y que pueden hacernos gran daño tanto a nosotros como a nuestros semejantes.

Nuestra motivación define y controla la forma en que reaccionamos a las personas con quienes tenemos contacto. Tal como Cristo lo aseveró en Marcos 7:21-23, el quebrantamiento de las leyes de Dios empieza en el corazón: “De dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre”.

Por tanto, resulta muy apropiado que la lista formal de estos 10 preceptos que definen el amor de Dios terminara haciendo resaltar que nuestros corazones son la fuente de los problemas en nuestras relaciones interpersonales. De nuestro interior vienen los deseos que nos tientan y nos llevan a pecar.

¿Qué es la codicia?

La codicia es un deseo exagerado, ilícito o impropio. El décimo mandamiento nos dice que aunque no todos nuestros deseos son malos, algunos de ellos sí lo son.

Codicar es ambicionar algo que no es nuestro lícitamente. Por lo general, el objeto de nuestro deseo es propiedad de otra persona. Pero también es codicia querer más de lo que legítimamente merecemos o de lo que sería nuestra parte justa. El décimo mandamiento prohíbe específicamente que tengamos un deseo ilícito de algo que ya es propiedad de otro.

Lo opuesto a la codicia es un deseo positivo de ayudar a otros a conservar y proteger las bendiciones que ellos han recibido de Dios. Debemos regocijarnos cuando otros son bendecidos. Nuestro deseo debe ser el de colaborar para el bienestar de otros, hacer que nuestra presencia en sus vidas sea una bendición para ellos.

La naturaleza humana es egoísta

Pensar primeramente en nosotros mismos es siempre lo más natural. Estamos mucho más interesados en lo que podemos obtener que en lo que podemos dar, y el décimo mandamiento tiene que ver precisamente con este concepto. Por medio de tal mandamiento se nos dice que dejemos de pensar sólo en nosotros mismos y que no nos preocupemos sólo por nuestros propios intereses. La codicia es una perspectiva egoísta de la vida, y el egoísmo es la raíz del quebrantamiento de las leyes de Dios.

En Santiago 1:14-15 se nos advierte que “cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte”. Y en la misma epístola se nos hace ver cuán peligroso puede ser no ejercer dominio sobre nuestros deseos: “¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre

vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís” (Santiago 4:1-2).

Como podemos ver, la codicia puede ser la raíz de muchos pecados, entre ellos el homicidio y la guerra. Si no se controla, lo que empezó como un pensamiento se convierte en una obsesión que lleva a la acción. Todos hemos vivido “en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos” (Efesios 2:3). Hemos dejado que nuestros deseos gobiernen nuestra conducta. Así, todos hemos pecado (Romanos 3:10, 23).

Una plaga mundial

La advertencia profética que el apóstol Pablo hizo a uno de sus discípulos resulta muy instructiva, particularmente en el tiempo presente: “Debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita” (2 Timoteo 3:1-5). Este pasaje describe vívidamente nuestro mundo actual.

Nuestra sociedad no es única en la historia; la codicia siempre ha sido una maldición universal. Refiriéndose a uno de los últimos reyes de Judá, Dios dijo: “Tus ojos y tu corazón no son sino para tu avaricia, y para derramar sangre inocente, y para opresión y para hacer agravio” (Jeremías 22:17). Mas el problema no se limitaba a los reyes, “porque desde el más chico de ellos hasta el más grande, cada uno sigue la avaricia; y desde el profeta hasta el sacerdote, todos son engañadores” (Jeremías 6:13).

Dios mostró su aborrecimiento hacia la codicia de los israelitas y les anunció lo que habría de sobrevenirles: “Codician las heredades, y las roban; y casas, y las toman; oprimen al hombre y a su casa, al hombre y a su heredad. Por tanto, así ha dicho el Eterno: He aquí, yo pienso contra esta familia un mal del cual no sacaréis vuestros cuellos, ni andaréis erguidos; porque el tiempo será malo” (Miqueas 2:2-3).

Un ejemplo evidente del poder de la codicia es la creciente popularidad de las loterías. Millones de personas invierten parte de sus salarios cada semana con la esperanza de lograr una vida fácil y llena de lujos. Asimismo, los casinos internacionales, que se especializan en despertar nuestros instintos más bajos, son lugares de gran atracción para el turismo.

Fomentar la codicia es un gran negocio. Las agencias de publicidad y de mercadeo han hecho una ciencia del manejo de los apetitos egoístas de los consumidores. Al igual que el antiguo Israel, nosotros formamos una sociedad codiciosa, desde el más chico hasta el más grande.

Una forma de idolatría

La codicia es más grave que una simple enfermedad social. Cuando antepoemos la lujuria, la avaricia y nuestro egoísmo a Dios, la codicia viene a ser idolatría.

El apóstol Pablo nos advierte: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia” (Colosenses 3:5-6).

En otra de sus epístolas, Pablo relaciona los pecados de codicia e idolatría, haciéndonos ver que estos y otros pecados pueden impedir nuestra entrada en el Reino de Dios: “Sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Efesios 5:5).

Cómo combatir la codicia

En cierta ocasión, Jesús advirtió a sus discípulos: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lucas 12:15). En igual forma, el apóstol Pablo aconsejó a la iglesia en Filipos: “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Filipenses 2:3-4).

Seguir el camino de Dios, que es el camino del amor, significa practicar esta clase de preocupación por otros: “No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo

como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:9-10).

Para combatir la codicia, debemos tener fe en que Dios proporcionará alguna forma para que podamos tener lo que en verdad necesitamos. Y existe una buena razón para tener esa confianza, porque en la Biblia se nos dice claramente que mientras obedezcamos a Dios, él nunca nos abandonará: “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desamparé, ni te dejaré” (Hebreos 13:5). En una epístola posterior, Pablo habló de lo mismo en otras palabras: “Nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (1 Timoteo 6:7-10).

Sin la ayuda de Dios no podemos vencer la codicia. Nuestros apetitos carnales son tan fuertes que nosotros solos sencillamente no podemos vencerlos. Para recibir la ayuda que necesitamos, debemos orar a Dios pidiéndole con toda humildad que nos dé de su santo Espíritu (Lucas 11:13). Luego debemos permitir que el Espíritu de Dios obre en nosotros para que podamos cambiar nuestra forma de pensar: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gálatas 5:16-17). En Hechos 2:38 vemos cómo podemos recibir el Espíritu Santo. (Si desea obtener más información sobre este importante tema, siéntase en libertad de solicitar nuestro folleto gratuito *El camino hacia la vida eterna.*)

Cómo controlar nuestros deseos

Es muy necesario que aprendamos a orientar nuestros deseos en forma correcta. Jesús nos dice: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia . . .” (Mateo 6:33). También nos aconseja: “Hacedos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (vv. 20-21).

Las relaciones provechosas y apropiadas, el entendimiento espiritual y la sabiduría son ejemplos de la clase de tesoros que Dios quiere que nos hagamos. “Si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor del Eterno, y hallarás el conocimiento de Dios” (Proverbios 2:3-5).

En el mismo libro, Dios nos dice que “mejor es la sabiduría que las piedras preciosas; y todo cuanto se puede desear, no es de compararse con ella” (Proverbios 8:11). Unos versículos más adelante nos habla de las recompensas que se obtienen de la sabiduría: “Mejor es mi fruto que el oro, y que el oro refinado; y mi rédito mejor que la plata escogida. Por vereda de justicia guiaré, por en medio de sendas de juicio, para hacer que los que me aman tengan su heredad, y que yo llene sus tesoros” (vv. 19-21). ¡Bien vale la pena buscar la sabiduría junto con la justicia!

Querer superarnos en nuestro trabajo u ocupación puede ser un deseo apropiado. Cuando nuestro propósito principal es servir a nuestros semejantes, Dios se agrada de que tratemos de adquirir las habilidades necesarias que nos brindan progreso y favor en esta vida. Como escribió un sabio siervo de Dios: “¿Has visto hombre solícito en su trabajo? Delante de los reyes estará; no estará delante de los de baja condición” (Proverbios 22:29).

Dios quiere que la preocupación por otros sea lo que motive nuestros deseos. En ocasiones, nuestro servicio a los demás dará como resultado maravillosas recompensas para nosotros. Pero nuestros deseos estarán encaminados en el sentido correcto sólo cuando nuestro propósito principal sea más bien *dar* que recibir. Debemos reemplazar la codicia con la actitud de servir y amar a los demás.

En la Epístola a los Hebreos se nos dice: “De hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios” (Hebreos 13:16). Debemos seguir el ejemplo del apóstol Pablo, quien dijo: “Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20:33-35).

El Decálogo en el Nuevo Testamento

El capítulo más largo de la Biblia es una prolongada alabanza a la Palabra de Dios y sus leyes. En él leemos: “Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo. Tu salvación he esperado, oh Eterno, y tus mandamientos he puesto por obra. Mi alma ha guardado tus testimonios, y los he amado en gran manera” (Salmos 119:165-167).

¡Qué diferentes serían las cosas si todo el mundo viera la ley de Dios en esa forma! Mas para nuestra vergüenza, la sociedad en que vivimos ha rechazado los Diez Mandamientos como la norma verdadera del comportamiento humano. Incluso muchos que profesan seguir a Cristo no los consideran importantes porque se les ha enseñado que la ley de Dios fue “clavada en la cruz”.

Sin embargo, en la Escritura se nos dice que su ley es “perfecta” y que “los juicios del Eterno son verdad, todos justos” (Salmos 19:7, 9). Más adelante, otro salmista afirma: “Guardaré tu ley siempre, para siempre y eternamente” (Salmos 119:44).

Al fin y al cabo, ¿es realmente importante que obedezcamos los Diez Mandamientos?

Cómo encontrar la respuesta

¿No sería fantástico que pudiéramos preguntarle al propio Jesucristo si aún es necesario guardar los Diez Mandamientos, particularmente para recibir la vida eterna?

De hecho, eso no es tan difícil como parece, porque esa pregunta le fue hecha directamente y la Biblia conserva para nosotros su respuesta:

¿Acaso el nuevo pacto anula la ley?

En la Biblia se nos dice que Jesucristo vino como el mediador de “un mejor pacto” (Hebreos 8:6). La creencia tan generalizada de que el nuevo pacto anula la ley de Dios manifiesta un mal entendimiento de ambos pactos. En cierta forma, Dios nos dice que hizo cambios en el pacto original para hacer “un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas”, pero no dice que fue establecido en leyes diferentes. *La ley continúa siendo la misma.*

Sin embargo, en el primer pacto había una falla o defecto. Esa falla estaba en la *gente*, no en la ley. “Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto . . . *porque ellos no permanecieron en mi pacto*, y yo me desentendí de ellos, dice el Señor” (vv. 8-9).

En el antiguo pacto, Dios escribió la ley en tablas de piedra. Era una ley externa; no era parte de la mente y los propósitos de la gente. Estaba en sus escritos mas no en su corazón. En el nuevo pacto, Dios escribe su ley en el corazón y la mente de su pueblo (v. 10; Jeremías 31:33-34).

Para que la gente pueda incorporar dentro de sí misma la ley de Dios —amarla y obedecerla voluntariamente y de buena gana— él nos hace esta promesa: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ezequiel 36:26-27). El Espíritu de Dios es lo que capacita a su gente para que pueda obedecer sus leyes.

Las personas que no tienen el Espíritu de Dios no pueden obedecerlo de corazón. ¿Por qué? “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7-8).

En eso estriba la diferencia entre el antiguo pacto y el nuevo. En los versículos 3 y 4 el apóstol Pablo explica: “Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justifi-

“Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré” (Hebreos 10:16).

cia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (ver también 1 Juan 3:4).

Con respecto a Romanos 8:4, el *International Critical Commentary* (“Comentario crítico internacional”) dice: “El propósito de Dios al ‘condenar’ el pecado fue que el requisito de su ley pudiera cumplirse en nosotros, esto es, que su ley pudiera ser establecida en el sentido de que, finalmente, fuera verdadera y sinceramente obedecida, en cumplimiento de las promesas de Jeremías 31:33 y Ezequiel 36:26”.

El mismo comentario, en una nota acerca de Jeremías 31:33-34, explica que este pasaje “frecuentemente es mal entendido como una promesa de una nueva ley que ocupa el lugar de la antigua o como una promesa de una religión sin ley alguna. Pero la nueva cosa que se promete en el versículo 33 es, de hecho, ni una nueva ley ni libertad de la ley, sino un sincero deseo interno y una resolución de parte del pueblo de Dios de obedecer la ley que ya se les ha dado . . .”.

Los pasajes siguientes en el Nuevo Testamento confirman, explícitamente o por el ejemplo,

que Jesucristo y los apóstoles veían los Diez Mandamientos como una parte necesaria del camino de vida cristiano.

Primer mandamiento: Mateo 4:10; 22:37-38.

Segundo mandamiento: 1 Juan 5:21; 1 Corintios 6:9; 10:7, 14; Efesios 5:5.

Tercer mandamiento: Mateo 5:33-34; 7:21-23; Lucas 11:2; 1 Timoteo 6:1.

Cuarto mandamiento: Lucas 4:16; Hechos 13:14, 42, 44; 16:13; 17:2; 18:4; Hebreos 4:4, 9.

Quinto mandamiento: Mateo 15:3-6; 19:17-19; Efesios 6:2-3.

Sexto mandamiento: Mateo 5:21-22; 19:17-18; Romanos 13:9; Gálatas 5:19-21; Santiago 2:10-12.

Séptimo mandamiento: Mateo 5:27-28; 19:17-18; Romanos 13:9; 1 Corintios 6:9; 10:8; Gálatas 5:19-21; Efesios 5:3, 5; Santiago 2:10-12.

Octavo mandamiento: Mateo 19:17-18; Romanos 13:9; 1 Corintios 6:9-10; Efesios 4:28.

Noveno mandamiento: Mateo 19:17-18; Romanos 13:9; Colosenses 3:9; Efesios 4:25.

Décimo mandamiento: Lucas 12:15; Romanos 7:7; 13:9; Efesios 5:3, 5. □

“Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Mas si quieres entrar en la vida, *guarda los mandamientos*” (Mateo 19:16-17). Más claro no puede estar. Jesús dijo que quienquiera que desee recibir la dádiva de la vida eterna debe guardar los mandamientos de Dios.

En seguida, esa persona le preguntó a qué mandamientos se refería. ¿A los Diez Mandamientos, o a los muchos estatutos o preceptos no bíblicos ordenados por los dirigentes religiosos? Jesús, dejando claro a cuáles se refería, le dijo: “No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (vv. 18-19).

Brevemente le mencionó la mitad de los Diez Mandamientos, y en seguida citó otro mandamiento que se encuentra en Levítico 19:18, el cual resume la intención del Decálogo y confirma la validez del resto de la ley. Claramente se refirió a la ley de *Dios*, no a las restricciones agregadas por algunos dirigentes religiosos (Mateo 15:1-3).

A mucha gente se le ha dicho que Jesús abolió las leyes del Antiguo Testamento. También con respecto a esto, él mismo se expresó de manera muy clara y directa: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; *no he venido para abrogar*, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga [obedezca] y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos” (Mateo 5:17-19).

Una vez más, Jesús habló clara y directamente sobre el asunto. La ley de Dios *no* ha sido abolida, y, según lo que dijo Cristo, cualquiera que así enseñe lo está contradiciendo directamente a él y se encuentra en un serio problema espiritual.

Muchos suponen que no necesitan guardar la ley de Dios porque Cristo ya lo hizo por ellos. Pero estas personas no han entendido el claro mensaje de Cristo. El verbo griego traducido como “cumplir” en este versículo significa “suplir” (Filipenses 4:19), “rellenar” (Lucas 3:5), “estar atestado” (Romanos 1:29), “hacer lleno” (Mateo 13:48), “llenar hasta arriba” (Juan 12:3), “completar” (Filipenses 2:2)

(W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1984, tomo 1, pp. 163, 281, 358; tomo 2, p. 339; tomo 3, p. 344; tomo 4, p. 105). Cristo no sólo cumplió o guardó perfecta y completamente los Diez Mandamientos, sino que amplió grandemente su significado al mostrarnos el *propósito espiritual* de los mismos. Jesús explicó que la ira injustificada equivale al homicidio (Mateo 5:21-22) y que la codicia sexual es el adulterio mental y emocional (vv. 27-28). Tanto el ejemplo como la enseñanza de Jesús recalcaron la vigencia del espíritu y la letra de los Diez Mandamientos.

También dejó muy claro que Dios valora a la gente que obedece sus leyes, mas no le agradan quienes las quebrantan. Jesucristo espera de nosotros mucho más que palabras; exige que hagamos como el Padre ordena: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21). Claramente, Jesús enseñó que debemos obedecer la ley de Dios.

Sencillamente no hay excusa para creer que Jesús vino a abolir algún mandamiento de Dios. Todo lo contrario, cuando alguien le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?”, él le contestó: “Si quieres entrar en la vida, *guarda los mandamientos*” (Mateo 19:16-17).

Explicó que para poder recibir la dádiva de la vida eterna es necesario obedecer los Diez Mandamientos. Una persona que se arrepiente es alguien que empieza a *guardar* las leyes de Dios, porque el pecado es infracción de esas leyes (1 Juan 3:4).

El apóstol Pablo enseñó la obediencia a la ley

Hay quienes utilizan algunos pasajes de las epístolas del apóstol Pablo para decir que él enseñó en contra de la necesidad de guardar la ley de Dios. Sin embargo, este apóstol hizo algunas de las declaraciones más fuertes y claras en apoyo de la obediencia a la ley. Contrastando los méritos de la circuncisión con los méritos de los mandamientos de Dios, él escribió: “La circuncisión no es nada, y la incircuncisión no es nada, más bien, lo que vale es guardar los mandamientos de Dios” (1 Corintios 7:19, Reina-Valera Actualizada).

En la introducción de su carta a la iglesia en Roma, Pablo mencionó que él y los otros apóstoles habían recibido “la gracia y el apostolado,

La gracia, la fe y la ley

El apóstol Pablo enseñó que la salvación es una dádiva de Dios por medio de la fe (Efesios 2:8). La palabra griega traducida como "gracia" es *charis*, que quiere decir un regalo o favor; en el Nuevo Testamento puede referirse ya sea al favor de Dios o a su misericordia.

El apóstol Pablo deja claramente establecido el hecho de que la gracia de Dios que nos lleva a la salvación no es "por obras, para que nadie se gloríe" (v. 9). Pero quienes se oponen a la obediencia a la ley de Dios suelen pasar por alto la enseñanza de Pablo hacia las obras del cristiano.

Analicemos la perspectiva de Pablo en el versículo 10: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas". Quienes hacen caso omiso de las razones por las que somos "hechura" de Dios, que pasan por alto la razón por la que fuimos "creados en Cristo Jesús para buenas obras" y por qué tenemos que "andar" en ellas, no entienden una parte muy importante del mensaje de Pablo.

Observemos la correlación de la obediencia, las obras y lo que Dios hace dentro de nosotros, lo cual nos capacita para lograr su

propósito en nosotros: "Amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filipenses 2:12-13).

Ciertamente el perdón y la salvación son dádivas de Dios; no se pueden ganar. Como humanos no poseemos nada que tenga el valor suficiente para pagar por el perdón de nuestros pecados y por nuestra salvación. No obstante, Jesús terminantemente nos dice: "Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente" (Lucas 13:3, 5). No nos ganamos la salvación por medio del arrepentimiento, pero sin arrepentimiento no habrá salvación.

Arrepentirnos quiere decir simplemente apartarnos del pecado, dejar de infringir la ley de Dios (1 Juan 3:4). Si no estamos dispuestos a arrepentirnos, no podremos recibir el Espíritu de Dios y empezar el proceso de conversión (Hechos 2:38).

La fe es otro requisito para la salvación. En Hebreos 11:6 leemos que "sin fe es imposible agradar a Dios". Tenemos que ser

“justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Romanos 3:24-25). Pero el hecho de que Dios exige que tengamos fe no quiere decir que por ella nos ganamos la salvación.

Tampoco nos ganamos la salvación por nuestras buenas obras. No obstante, como lo muestran los muchos pasajes citados en este folleto, es claro que Dios espera fe y obediencia de aquellos a quienes otorgará la dádiva de la salvación. Quienes se oponen a la obediencia a las leyes de Dios prefieren hacer hincapié en ciertas cosas que dijo el apóstol Pablo, mientras pasan por alto otras que aclaran lo que él quería decir.

Uno de esos casos se encuentra en el tercer capítulo de Romanos, en el que habla acerca de la fe y las obras. En el versículo 28 leemos: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin [*choris*, que también quiere decir “aparte de” o “fuera de”] las obras de la ley”. Aquí Pablo está hablando de la justificación: la muerte de Cristo que cubre nuestros pecados pasados. Nos muestra que nosotros nunca podríamos ganarnos el perdón.

Pero eso está muy aparte de la forma en que se supone que debemos vivir. No tiene nada que ver

con la importancia de la ley de Dios como la guía de nuestro comportamiento. Aquí Pablo habla sólo acerca de cómo “los pecados pasados” pueden ser “pasados por alto” (v. 25), de manera que ahora podamos continuar nuestras vidas en obediencia a Dios.

A fin de asegurarse de que esto fuera entendido, Pablo dijo: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que *confirmamos la ley*” (v. 31).

El apóstol Pablo quería que entendiéramos que ni siquiera estaba insinuando que la ley de Dios había sido abolida o cambiada. Todo lo contrario, sin la ley no entenderíamos qué es y qué no es el pecado, “porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (v. 20). No olvidemos que para que el pecado exista tiene que haber una ley, porque “el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4).

Por tanto, lo que Pablo dice es que el concepto de la “gracia” o perdón de Dios establece que su ley está aún en vigor y que el pecado es la infracción de esa ley. La gracia de Dios por medio de la fe exige una ley que defina los pecados que tienen que ser perdonados. Así, citando nuevamente a Pablo, preguntamos: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”. □

para la obediencia a la fe en todas las naciones” (Romanos 1:5). ¿Qué fue lo que este apóstol más se esforzó por cumplir? Leamos lo que él mismo dice en el pasaje donde habla acerca de la lucha que todos tenemos con nuestra naturaleza humana: “Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (Romanos 7:25). La ley de Dios estaba escrita en el corazón y la mente de Pablo, tal como debe estar escrita en la mente y el corazón de cada uno de nosotros (Hebreos 10:16).

Pablo dejó claramente establecido cuál era su punto de vista personal sobre la ley de Dios: “La ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12). En el versículo 14 dijo que la ley es “espiritual”, y luego declaró: “Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios” (v. 22). También en esta misma epístola Pablo enseñó que “no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los *hacedores* de la ley serán justificados” (Romanos 2:13). Estas claras declaraciones nos muestran que Pablo aceptaba totalmente la ley de Dios.

El ‘mandamiento nuevo’ de Cristo

Jesús dijo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Juan 13:34). ¿Acaso Jesús sustituyó los claros principios de los Diez Mandamientos con un nuevo principio religioso: que el amor solo puede guiar nuestras vidas?

¿Acaso este nuevo mandamiento sustituye a los Diez Mandamientos y reemplaza todas las leyes bíblicas? La respuesta a esta pregunta está muy clara en lo que Jesús dijo en Mateo 5:17: “No penséis

que he venido para abrogar la ley o los profetas . . .”.

Hay muchísimas personas que creen que Jesucristo es su Salvador, pero también creen que este nuevo mandamiento las exime de cualquier obligación de obedecer las leyes de Dios. Tales personas no entienden lo que Jesús quiso decir. Las Sagradas Escrituras, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo, nos enseñan que debemos amarnos unos a otros (Levítico 19:18). Jesús no presentó el amor como un nuevo principio; eso ya se

Los que se oponían a sus enseñanzas fueron los primeros que falsamente lo acusaron de quebrantar la ley. Iniciaron una acusación que ha sido repetida a lo largo de los siglos.

En su propia defensa, Pablo negó rotundamente las acusaciones de que quebrantaba la ley de Dios. Durante uno de los juicios que le hicieron, cuando unos judíos procedentes de Jerusalén presentaron muchas acusaciones graves contra él —mismas que no pudieron probar— Pablo alegó: “Ni contra la ley de los judíos, ni contra el templo, ni contra César he pecado en nada” (Hechos 25:7-8).

En otra ocasión muy parecida, Pablo con firmeza testificó al gobernador Félix, en presencia de sus acusadores, que él servía al Dios de sus padres, “creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas” (Hechos 24:14).

Las acusaciones de que Pablo enseñaba en contra de la ley de Dios fueron y siguen siendo falsas. Aun refiriéndose a su predicación a los gentiles, dijo: “No osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por

encontraba en la Biblia y fue una parte básica de la instrucción de Dios al antiguo Israel.

Entonces, ¿qué había de nuevo en este “mandamiento nuevo” de Cristo? Analicemos sus palabras. Él dijo: “. . . como yo os he amado, [os mando] que también os améis unos a otros”.

Lo nuevo era —y es— ¡su propio ejemplo de amor! Todo el mundo tiene, en Jesús, un modelo perfecto del amor de Dios; lo expresó con su actitud perfecta de amorosa obediencia. Jesucristo nos amó tanto que sacrificó su propia vida por nosotros. Él mismo aseguró: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13).

Jesús vino como la luz del mundo para enseñarnos con su ejemplo cómo aplicar y practicar la regia ley del amor. Ya no tenemos excusa para decir que no entendemos qué hacer o cómo hacerlo. Jesús nos mostró lo que realmente es la obediencia amorosa: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:10)

Cumplimos con el nuevo mandamiento de Jesús cuando, de manera genuinamente amorosa, obedecemos todos los mandamientos de Dios y estamos dispuestos a exponer nuestras vidas por el bien de otros. □

medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras” (Romanos 15:18). Pablo obedeció los mandamientos de Dios, y así enseñó tanto a judíos como a gentiles.

Pedro y Juan enseñaban la necesidad de obedecer

El apóstol Juan explica en forma clara y escueta lo que es el pecado: “El pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). Lo mismo que Pablo, Juan se refiere a los santos como “los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12; 12:17). También nos hace una seria advertencia: “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Juan 2:4).

El apóstol Pedro nos hace una advertencia muy parecida: “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado” (2 Pedro 2:20-21).

En el último capítulo de la Biblia, Jesucristo nos recuerda, por medio del apóstol Juan (Apocalipsis 1:1), la grandísima importancia que tienen los mandamientos de Dios para nuestra vida eterna: “¡Dichosos los que guardan sus Mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad!” (Apocalipsis 22:14, Nueva Reina-Valera).

Es de suma importancia para nosotros que creamos lo que dijeron Jesús y sus apóstoles con respecto a lo que ellos mismos pensaban acerca de los mandamientos de Dios. Una vez que eso está claro en nuestras mentes, entonces los razonamientos contrarios no pueden desviarnos de honrar y obedecer de corazón esos mandamientos.

Dios le dijo a Moisés: “¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Deuteronomio 5:29). Y Jesús dijo: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:10).

No olvidemos nunca otra hermosa promesa que se nos hace en Salmos 1:1-3: “Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de

malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley del Eterno está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará”.

La decisión es nuestra

Cada uno, individualmente, tiene que decidir si ha de obedecer al Dios vivo, quien nos dio los Diez Mandamientos. Podemos someter nuestra conducta y nuestros pensamientos a estos preceptos divinos, o podemos hacerles caso omiso y escoger otro camino.

Al tomar nuestra decisión, recordemos las palabras de Jesucristo en Mateo 19:17: “Si quieres entrar en la vida, *guarda los mandamientos*”. Dios nos exhorta para que pensemos detenidamente en nuestra decisión: “Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; porque yo te mando hoy que ames al Eterno tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos . . . os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia” (Deuteronomio 30:15-19). ◻

Índice de referencias bíblicas

Génesis	10:18 14	7:28 69
1:27 18	30:15-19 89	10:10 10
2:1-3 35, 38	32:4 67	17:9-10 70
2:18 60	1 Samuel	22:17 75
2:24 53	12:24 69	31:33-34 80, 81
3:1-6, 17 70	Job	Ezequiel
5:1-2 18	42:5 27-28	33:11 49, 59
14:20 64	42:6 28	36:21-23 30
21:33 21	Salmos	36:26 81
28:20-22 64	1:1-3 88-89	36:26-27 80
Éxodo	15:1-4 67-68	Daniel
3:2 20-21	19:7, 9 79	10:21 67
3:14 20	33:8 27	Miqueas
20:2-3 9	85:9-13 68	2:2-3 75
20:4 17-18	103:8 59	Zacarías
20:4-6 17	104:1 27	8:3 68
20:5-6 21	107:8-9 14	Malaquías
20:7 26	119:9-11 59	1:6 42
20:8 39	119:30, 151, 160 69	2:7-9 65
20:8-11 33	119:44 79	3:8-9 65
20:11 36	119:98-105 6	Mateo
20:12 40	119:160 67	4:4 6, 15
20:13 47	119:165-167 79	4:10 81
20:14 53, 54	145:1-3 27	5:9 51
20:15 61	145:5-9 14	5:13-14, 18 29
20:16 67, 72	146:6 67	5:14 72
20:17 73	Proverbios	5:17 6, 86
Levítico	2:1-5 22	5:17-19 82
19:18 2, 82, 86	2:3-5 78	5:20-22 7
23:3 38	5:20-22 55	5:21-22 51, 81, 83
26:1 23	6:27-29, 32, 33 55	5:27-28 58, 81, 83
27:30, 32 64	8:11, 19-21 78	5:33-34 81
Números	12:22 70	5:43-45 52
18:21, 23-24 64	22:29 78	5:44-45 45
23:19 67	30:5 67	5:45 14
33:52 23	Eclesiastés	5:48 15
Deuteronomio	4:9-10 60	6:19-20 66
4:5-7 30	9:9 54-55	6:20-21 77
4:15-20, 23 23	Isaías	6:25-33 61
4:19 11	1:18 60	6:33 16, 41, 77
5:16 46	2:2-4 30-31	7:12 45
5:29 88	40:26-28 10	7:21 83
6:5 9	45:18 35	7:21-23 81
6:5-7, 20-21 42	58:13-14 35-36, 38	13:48 7, 82
8:3 6, 15	59:4 69	15:1-3 82
10:12-13 2-3	Jeremías	15:3-6 81
10:14 12	6:13 75	15:7-9 32

19:3-6	53	Hechos	10:7, 14	81	
19:16-17	83	2:38	5, 29, 49, 77, 84	10:14, 19-20	24
19:16-19	82	4:12	29	11:1	15
19:17	5, 20, 89	10:34	56	15:50-53	19-20
19:17-18	81	13:14, 42, 44	81	2 Corintios	
19:17-19	81	16:13	81	4:3-4	24
22:34-38	9	17:2	34, 81	4:4	34
22:35-40	7	17:24-25, 27-28	13	5:17	37
22:36-40	2	17:28	27	5:20	31
22:37-38	81	18:4	34, 81	6:18	15
23:23	65	20:33-35	78	9:7-8	62
23:27-28	31	24:14	87	Gálatas	
25:24-26	63-64	25:7-8	87	2:5	72
25:27-28	64	26:10	50	5:16-17	77
26:69-74	71	Romanos		5:19-21	81
28:19	72	1:5	83-86	5:22	59
Marcos		1:21-25	12	Efesios	
7:9-13	44	1:29	7, 82	1:13	68
7:21-23	73	2:13	22, 86	1:22-23	72
12:17	65	2:21-24	31	2:3	75
14:38	71	3:10, 23	75	2:8-10	84
Lucas		3:16-17	5	4:15	69
3:5	7, 82	3:20, 24-25, 28, 31	85	4:22-24	37
4:16	34, 81	5:5	59	4:24-25	71-72
6:30-35, 38	62	6:4	49	4:25	81
6:45-46	32	6:17	6	4:28	63, 81
11:2	81	6:20-21	5	5:1	14, 22
11:13	77	7:7	81	5:3, 5	81
12:15	76, 81	7:12, 14, 22	86	5:5	76, 81
12:32	59	7:14-15, 22-24	71	6:2-3	41, 81
13:3, 5	84	7:18-19	37	6:4	43
15:1-32	59	7:25	86	Filipenses	
Juan		8:3-4	80-81	2:2	7, 82
3:16-17	3	8:4	81	2:3-4	76
3:17	47	8:7-8	80	2:5	14
4:23-24	22	12:2	14	2:9-11	28
8:11	49, 59	12:17-19, 21	51	2:12-13	84
8:44	70	13:3-4	50	2:13	38, 71
12:3	7, 82	13:9	3, 81	4:19	7, 82
12:49-50	5	13:9-10	76-77	Colosenses	
13:34	86	13:10	4	1:15	19
14:6	68	15:18	87-88	1:18	72
14:9	19, 28	1 Corintios		1:19-20	29
15:10	4-5, 8, 88	6:9	54, 81	3:5	24
15:10, 13	87	6:9-10	81	3:5-6	76
17:1-3	28	6:18	56	3:9	69, 81
17:17	67	7:19	6, 83	3:9-10	19
18:37	68	10:8	81	3:10	37

3:17	29	11:3	36-37	2:4	22, 88
1 Tesalonicenses		11:6	84-85	2:4-6	4
1:6	15	13:5	77	2:6	8
1:9	24, 72	13:16	78	2:16-17	58
1 Timoteo		Santiago		3:1-3	15
1:13-16	50	1:14-15	58, 74	3:2	20
2:4	47	1:22-25	22	3:4	81, 83, 84, 85, 88
3:15	72	2:8-11	4	3:4-6, 10	4
5:8	62	2:8, 12	59	3:14-15	3-4
6:1	31, 81	2:10-12	81	4:7-8	1
6:7-10	77	2:12	5, 49	4:8	15
6:17	10	4:1-2	74-75	4:16	1
2 Timoteo		1 Pedro		5:3	6
2:15	15, 72	2:2	38	5:19	34
2:19	29	2:17	41	5:21	81
3:1-5	75	2:21	8	2 Juan	
3:16-17	15	4:3	58	6	4
Tito		4:3-4	24	3 Juan	
2:14	29	2 Pedro		2	61
Hebreos		1:4	14, 38	11	15
1:3	28	2:2	72	Apocalipsis	
2:9-11	16	2:20-21	88	1:1	88
4:4, 9	81	3:9	47	12:9	25, 34, 70
4:9	39	3:18	22	12:17	88
4:14-16	71	1 Juan		14:12	88
8:6, 8-10	80	1:7	5	21:8	54
10:16	81, 86	1:9	59	22:13	21
10:24-25	38	2:3	15	22:14	88

Otras publicaciones que pueden serle de interés:

- *¿Existe Dios?*
- *El evangelio del Reino de Dios*
- *El día de reposo cristiano*
- *Cómo entender la Biblia*
- *¿Se puede confiar en la Biblia?*
- *¿Qué sucede después de la muerte?*
- *Nuestro asombroso potencial humano*
- *Las fiestas santas de Dios*

Para recibirlas, sin costo alguno para usted, sólo tiene que solicitarlas a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto. O si prefiere, puede descargarlas directamente de nuestro sitio en www.IglesiaDeDiosUnida.org.

Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. La iglesia tiene congregaciones y ministros en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagra-

das Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro o visitar una de nuestras congregaciones, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. □

Direcciones

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA

Apartado Aéreo 246001
Bogotá, D.C.

CHILE

Casilla 10386
Santiago
Sitio en Internet: www.unidachile.cl
Correo electrónico: unidachile@unidachile.cl

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027
Sitio en Internet: www.ucg.org/espanol
Correo electrónico: info@ucg.org

HONDURAS

Apartado Postal 283
Siguatepeque, Comayagua

MÉXICO

Sitio en Internet: www.unidamexico.mx